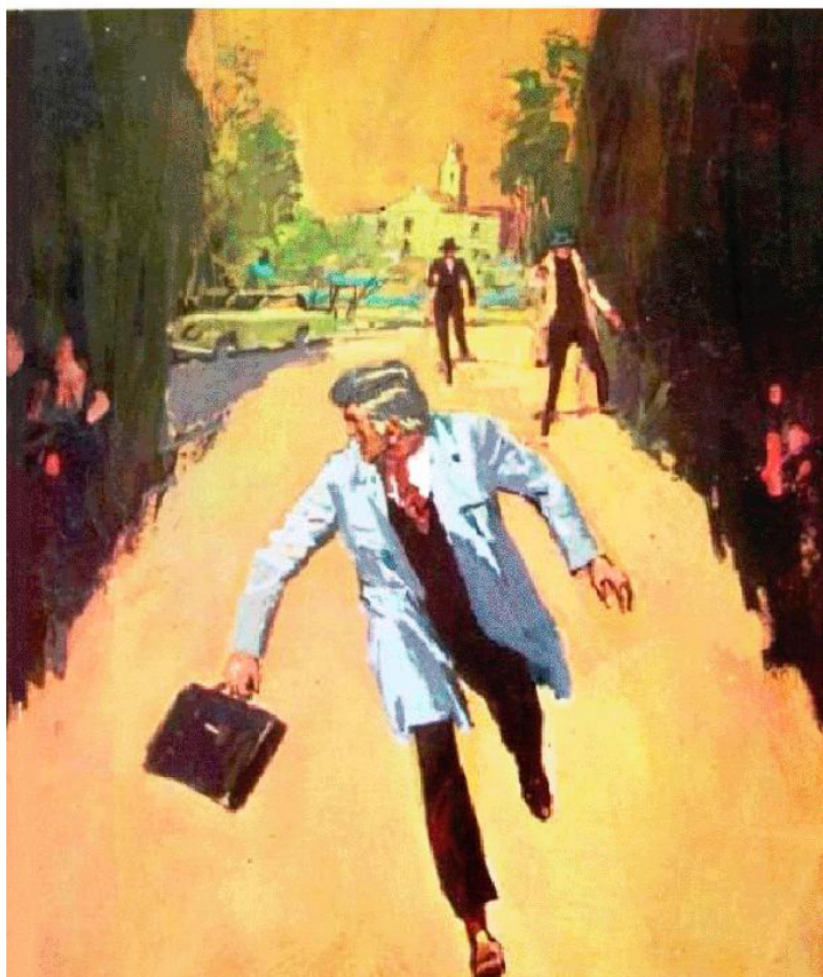




un testigo peligroso

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

UN TESTIGO PELIGROSO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 635
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 12.507 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1974

© VIC LOGAN - 1974

texto

© DESILO - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1236. — Falso accidente.

En Colección PUNTO ROJO:

629. — Repóquer de asesinos.

En Colección ASES DEL OESTE:

562. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

388. — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

822. — Un *sheriff* en apuros.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864. — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

845. — Al galope y disparando.

PRÓLOGO

Era de noche y la calle estaba desierta.

Los dos hombres salieron por la puerta contigua de la joyería y antes de echar a correr comprobaron que no había nadie alrededor. Uno de ellos llevaba un maletín de mano.

—Deprisa —susurró uno.

Fue entonces cuando apareció un oficial de la policía uniformado.

—¡Cuidado! —dijo uno.

El oficial se detuvo, sospechando de aquel par de sujetos. Miró hacia atrás y observó la trasera de un vehículo que asomaba en el callejón y cuyo motor estaba en marcha.

Instintivamente, echó mano a su revólver. Entonces sonó un disparo que le alcanzó de lleno.

Los dos tipos de la cartera echaron a correr, pasando por delante del policía, que estaba desangrándose.

—No me gusta eso —dijo uno.

—Deprisa, deprisa —repuso el otro.

Cuando iban a doblar por el callejón, el policía, en el último aliento de su vida, tuvo tiempo de disparar.

Uno de los dos hombres cayó en la acera, muerto.

El otro asomó un instante, pero por la otra esquina acababa de asomar alguien.

El compinche del que había caído se apresuró a entrar en el coche que tenía puesto en marcha el motor, cuyo conductor se alejó rápidamente del lugar.

El hombre que apareció en la esquina avanzó rápidamente hacia los dos cuerpos caídos en el suelo. Se aproximó a ellos y sólo pudo comprobar que estaban muertos.

La luz del farol bajo el que había caído el agente de la ley iluminó la faz de aquel testigo de excepción. Era un hombre joven

de facciones un tanto ásperas, mandíbula firme y frente despejada. Todo su ser respiraba energía y resolución.

Fue él quien llamó al teléfono.

—Me llamo Henry Ryan y acabo de presenciar un asesinato... —
Dio las señas y prometió aguardar.

Media hora más tarde, aquello se había llenado de policías. En realidad, desde que aparecieron, apenas cinco minutos después, habían estado trabajando, tomando notas y buscando indicios.

Los hombres que Henry Ryan había visto salir habían asaltado la joyería, limpiando la caja fuerte.

Henry Ryan tuvo que repetir una y otra vez lo que había visto.

—Uno de ellos disparó contra el policía.

—¿Le reconocería usted?

—Perfectamente. Sus rasgos son inconfundibles.

—Bien. Si no le importa acompañarnos, le mostraremos algunas fotos.

Más tarde, Henry Ryan iba repasando el álbum de los fichados hasta detenerse en una foto concreta. No tuvo ninguna dificultad en señalar al individuo. Un joven de unos veinticinco años, de aspecto aniñado.

—Éste es. Estoy seguro.

Tomaron nota. Se llamaba Charles Dubbonnet.

—Ya ha vuelto a las andadas... ¿Cuánto hace que salió de presidio?

—Seis meses —comentó el que informaba al comisario.

—Ese muchacho ha cometido un grave error. Bueno. Manos a la obra.

Henry Ryan fue felicitado por su colaboración y se le pidió que acudiera cuando hubiesen capturado al culpable para un posterior reconocimiento.

—Debemos estar seguros. Comprenda —le dijo el comisario.

—Sí, desde luego. Pero por mí no existe la menor duda.

La captura de Charles Dubbonnet tuvo lugar dos días después y Henry Ryan fue llamado de nuevo.

El comisario organizó una rueda de presos. En total la formaban cinco policías, tres detenidos y Charles Dubbonnet.

—Mírelos bien a todos y señale al hombre que usted vio aquella noche, sin precipitarse.

—No tengo la menor duda. Es ése —y Henry señaló a Charles Dubbonnet.

A partir de aquel momento, Charles comenzó a protestar de su inocencia, pero eso impresionó poco a la policía porque no existe delincuente que no empiece negando. Sobre todo si hay un crimen de por medio, que es lo que en Francia conduce directamente a la guillotina.

Acusado formalmente y pese a las protestas del encartado, se le entregó al juez para su procesamiento.

Las pruebas acumuladas contra él llegaron a ser realmente abrumadoras. Era el dueño de la pistola que fue utilizada para matar al policía. La bala había salido de aquella arma; luego surgieron otros indicios, como su falta de coartada aquella noche, su historial delictivo...

La condena tras el proceso fue a muerte.

Henry también había estado presente en el juicio y declaró de nuevo contra el joven, relatando con pelos y señales todo lo acaecido desde que el inculcado y cómplice salieran corriendo del portal.

El caso en ningún momento se complicó; fue rutinario, vulgar.

En cuanto a Henry Ryan fue felicitado por su lección de ciudadanía, pese a ser extranjero en Francia.

Aquella tarde, cuando los periódicos llevaban la noticia de la sentencia, Henry parecía no recordar nada del asunto. Se metió en una cabina pública y llamó por teléfono.

—¿Doris? ¿Puedo pasar a recogerte?

Una voz femenina repuso desde el otro lado del hilo:

—¡Estaba esperando tu llamada! Por poco no me encuentras.

—He tenido que hacer...

—¡El juicio! Ya lo comprendo.

—Todo ha terminado. Una pena para ese chico. Bueno, en cinco minutos estoy aquí. Tengo algo que proponerte para este fin de semana.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De qué se trata?

—Secreto, querida...

—No me gustan los secretos.

—Sólo puedo decirte que al fin he comprado esa casa en St. Cast.

—¡Oh! Estupendo —repuso ella.

Siguieron hablando. Henry reía dentro de la jaula de cristal, expresando su contento. Para él la vida era absolutamente normal.

Sin embargo, desde el interior de un taxi un par de ojos le miraban llenos de rencor, con anhelo vengativo.

Henry seguía hablando despreocupadamente. No advirtió ni remotamente a la persona que parecía atravesarle con aquella mirada punzante.

Tampoco durante el juicio había advertido la presencia del propietario de aquellos ojos.

Alguien que había seguido de cerca el proceso sin faltar un solo día, alguien que para sí había jurado: «Algún día te acordarás de esto, Henry Ryan».

El taxi que se había detenido en la esquina a la espera de la luz verde se alejó.

Henry salió de la cabina y se dirigió hacia el aparcamiento donde había dejado su coche.

Una mujer le esperaba. Una hermosa mujer.

CAPÍTULO PRIMERO

Seis meses después

La vida de una persona está plagada de sorpresas, buenas o malas. Para Henry Ryan, el destino le había preparado unas de las peores. Cuatro meses después de prestar su declaración tuvo un fatal accidente al regresar de la brumosa costa de Bretaña.

Su automóvil, en el descenso del acantilado cerca de St Cast, donde había adquirido una vieja finca, derrapó en una de las múltiples curvas.

El accidente pudo haber sido mortal, y tal vez habría sido mucho mejor para él, porque de entre todas las desgracias, Henry Ryan fue víctima de la más trágica.

Salvó la vida, pero quedó ciego.

Y ciego seguía a los dos meses del percance.

En la clínica del profesor Salardu le habían practicado hasta tres operaciones. Ninguna de ellas había obtenido el éxito deseado. Henry seguía ciego.

Sólo el ansia loca de volver a ver todas las cosas bellas le mantenía la esperanza, una esperanza que en ningún momento se había extinguido, pero en los sesenta y tantos días privado del don más preciado de la vida, Henry pasó por diferentes estados.

La desesperación fue el primero de ellos. Era un enfermo rebelde, irascible, intratable. Los médicos lo comprendían perfectamente. Luego llegó a un estado de abatimiento, de total inseguridad, para pasar seguidamente a la indiferencia, pero siempre con la chispa de la esperanza...

Ahora, cuando le estaban preparando para la cuarta intervención, Henry había llegado a dominar sus impulsos y en él imperaba la serenidad.

Todavía no se había acostumbrado del todo a comportarse como un ciego, pero una especie de orgullo le hacía rechazar las ayudas, aun cuando las deseara.

Aquella tarde había salido al amplio jardín de la clínica, y, como casi siempre, buscó la soledad.

Le molestaba mezclarse con los demás. No quería ser igual que ellos. Estaba convencido de que si los demás eran incurables, él, en cambio, llegaría a ver de nuevo algún día...

—Si viene la señorita Marwell, dígame que estoy donde siempre —había pedido a uno de los sanitarios.

—Así lo haré, señor Ryan —repuso el hombre.

Henry estaba convencido de que Doris Marwell no iría aquella tarde. Era viernes y los viernes ella solía tener mucho trabajo en la oficina de la agencia americana para la que trabajaba.

Doris era su novia y compatriota suya, que por su trabajo se había afincado en Francia. Como él lo había hecho años antes en calidad de corresponsal de varias revistas técnicas de su país.

En realidad, poco pudo disfrutar de la espléndida belleza de Doris. La había conocido un par de meses antes del accidente; después debió contentarse con oír su voz cuando ella le visitaba.

Era un auténtico sacrificio para Doris desplazarse desde París hasta Fontainebleau, donde estaba la clínica, pero ella casi nunca había fallado. Acudía a días alternos, en los que pedía permiso a sus jefes para que le dejaran libre la tarde.

Pensaba en todo aquello, sentado en el banco del parque, que no podía ver, pero que todos decían que era magnífico.

Sus pensamientos cesaron al oír unos pasos que se aproximaban. Todavía no estaba familiarizado con los distintos ruidos; sin embargo, notó algo especial en la forma de andar de quién se le acercaba. Archeó las cejas. No... No parecía el modo de andar de Doris.

—¿Doris...? —preguntó.

Nadie le contestó. Y había hablado lo suficientemente alto para que quienquiera que fuese pudiese oírle.

—¿Quién es?

Tenía la certeza de que el desconocido estaba muy próximo a él. Tanto que casi podía tocarle. No obstante, no respondió.

—¡Enfermera! —dijo «enfermera» como pudo haber dicho

doctor u otra cosa.

Tampoco obtuvo respuesta.

—¡Vamos! Sé que hay alguien aquí. ¿Quién es?

Entonces alguien le respondió con una voz susurrante, falsa. Una voz de falsete que no podía ser real. Quienquiera que hablase estaba fingiéndola deliberadamente.

—Aunque no puedas verme... me conoces de sobra, Henry Ryan...

—Hable más alto, casi no le oigo —protestó el invidente.

—Tú me condenaste, Henry Ryan. ¿No recuerdas? Hace seis meses...

—¡No!

—Sí, Henry Ryan. Soy yo mismo: Charles Dubbonnet.

—No es cierto...

—Piensa lo que quieras.

—Es una broma de mal gusto... Si pudiera verle...

—Nunca podrás verme, Henry Ryan, pero desde ahora sabrás que para ti los días están contados.

—¡Enfermero! ¡Doctor! —gritó con fuerza el invidente.

—Es ya muy tarde y no hay nadie cerca. No te esfuerces... Y piensa que si gritas, tu fin puede precipitarse... Estoy decidido a cobrarme lo que me debes, Henry Ryan...

—¿Quién es... quién eres?

—Ya te lo he dicho. Soy el hombre que con tu declaración condenaste. Y voy a matarte, pero no te daré el placer de decirte cuándo... Desde ahora tu vida será una trágica espera. El momento puede llegar a partir de ahora. Estás sentenciado... Volveremos a vemos.

Y los pasos se alejaron precipitadamente.

Henry se levantó nervioso. Nunca había sabido valerse demasiado bien con el bastón, pero después de lo ocurrido, sus nervios se habían desquiciado por completo. Tropezó dos veces mientras se alejaba gritando:

—¡Por favor! ¡Ayúdenme!

La voz conocida del enfermero Mercier le tranquilizó.

—Oí que alguien llamaba. ¿Era usted? Soy Mercier.

—Sí... Había un hombre conmigo...

—¿Dónde?

—En el banco... Más atrás. Creo que hay un eucalipto plantado. Doris me lo dijo una vez.

—Sí. Ya sé que usted suele sentarse allí. Pero no veo a nadie... Está usted muy agitado. ¿Qué le ha ocurrido?

—Quiero hablar con el profesor Salardu... o con su ayudante el doctor Dupont.

—El profesor no está a estas horas. Le llevaré con Dupont. Pero si puedo ayudarle yo...

—Vamos, Mercier, dese prisa... Lléveme hasta allí. Creo que no sería capaz de encontrar la puerta.

CAPÍTULO II

Dupont, uno de los más calificados oftalmólogos del centro, escuchó el relato del invidente y aseguró:

—Llamaré a la policía. Esté usted tranquilo, señor Ryan. Nadie le hará ningún daño. Y si ha sido una broma...

—¡No! —atajó Henry Ryan—. Estoy seguro de que no se trata de ninguna broma. Se trata de una venganza. Alguien quiere matarme porque hace seis meses cumplí con mi deber y declaré contra un asesino.

—Cálmese, señor Ryan, y vaya a descansar. Necesita relajar sus nervios. Ahora mismo daré parte de lo ocurrido.

Veinte minutos más tarde, el inspector Calvet interrogaba a Henry Ryan, en la habitación que el invidente tenía asignada en la clínica.

Dupont y el sanitario Mercier se hallaban presentes.

Fue el sanitario quien puntualizó:

—A esa hora todavía había varios familiares de los internados. En el jardín se reúne bastante gente.

—¿Piden algún control en la entrada? —preguntó el policía.

—Generalmente hay una enfermera que se ocupa de la centralita telefónica —respondió el médico—, pero suele tener bastante trabajo y es probable que algunas personas entren sin ser preguntadas.

—¿O sea, que en las horas de visita es fácil entrar sin ser visto?

—Puede ser fácil, sí —admitió el oftalmólogo.

Tras un silencio, el policía murmuró:

—Es extraño de todos modos que si se trata de alguien que quiere vengar a Charles Dubbonnet haya esperado tanto tiempo... ¿Cuándo declaró usted contra él, señor Ryan?

—Creo que era el mes de... mayo. Sí, estoy seguro. Hace ya seis meses.

—Repítame exactamente lo que le dijo ese individuo. ¿Era un hombre, no?

—No puedo estar seguro. Fingía la voz.

—Bien, bien. ¿Qué le dijo?

—Que me mataría. Que era Dubbonnet y que me mataría...

—Pero Dubbonnet no puede ser. Eso es evidente. Fue condenado a muerte.

—Pero logró escapar, inspector.

—Sí, sí. Creo recordarlo. Se habló mucho entonces... Pero en la fuga halló la muerte.

El invidente parecía recordar mejor que el policía, y aclaró:

—Los policías que le seguían dispararon a las ruedas de su coche. Dubbonnet perdió el control y se precipitó por un terraplén. El coche se incendió y estalló. Cuando lograron dominar el fuego, sólo encontraron las cenizas del fugitivo. Fue imposible identificarlo. Se dio por descontado que se trataba de Dubbonnet, pero... ¿y si no lo era?

Calvet sonrió.

—¡Oh! Comprendo que tras lo ocurrido se deje desbordar por la fantasía, señor Ryan. Porque no le quepa duda de que Dubbonnet está bien muerto.

—Entonces... ¿quién es la persona que me amenazó?

—Me inclino a pensar que si en realidad se trata de una amenaza puede ser de un familiar, pariente o amigo de Dubbonnet. Quienquiera que sea le atraparemos. Quédese tranquilo. A lo mejor se trata de un enemigo, de alguien que no le quiere bien y ha intentado únicamente asustarle.

—No. No trataré únicamente de asustarme, señor. Estoy convencido de que hablaba en serio. ¡Me matará!

—Desde ahora será constantemente vigilado. Se lo garantizo —aseguró el policía.

Después de despedirse salió para cambiar impresiones con el doctor y el sanitario.

—Vamos a mantener la vigilancia unos días. No dispongo de mucha gente y tendrán que efectuar turnos. Ustedes también pueden colaborar. Avisen a todo el personal. Ya imagino que no pueden estar pendientes de todo el que entra y sale, pero si alguien ve a alguna persona que le infunde sospechas, hará bien en avisar al

hombre que esté de guardia.

—Descuide, inspector. Nosotros somos los más interesados en aclarar esto —adujo el oftalmólogo—. Además de la seguridad personal de uno de nuestros clientes, está el buen nombre del centro.

Cuando Calvet regresó a la comisaría, pidió:

—Quiero el expediente de Charles Dubbonnet. Escapó días antes de ser ajusticiado y creo que murió en la persecución, pero quiero verlo por mí mismo.

Y el policía se rascó la cabeza como si el asunto, ya de entrada, no le gustase en absoluto.

CAPÍTULO III

Doris Marwell era tan hermosa como Henry Ryan la recordaba. Su rostro rebosaba felicidad, que sin embargo parecía empañada por un signo fatal, por un drama interno que le impedía exteriorizar sus sentimientos.

Había detenido su descapotable frente a la estación y sonrió al ver acercarse al hombre.

Era Marcel Darc. Un hombre joven, lleno de vigor. Vestía un jersey de cuello de cisne, pantalón claro, y llevaba colgada en la espalda una chaqueta deportiva.

—¿Hace mucho que esperas? —inquirió ella, cuando el joven estuvo junto al auto.

—No. He llegado en el último tren. Hace sólo un par de minutos —dio la vuelta para subir al coche y sentarse al lado de la bella conductora.

Ella consultó el reloj y murmuró:

—Son las seis. ¿Estás decidido?

—Sí, Doris. Tenemos que acabar con esto. Henry es un buen amigo. No me siento capaz de mirarle a la cara aunque sepa que no puede verme.

—Si esperásemos un poco más... Tal vez después de esa nueva intervención...

—Llevamos mucho tiempo esperando, Doris. Primero fingíamos mutuamente. Nos negábamos a expresar lo que sentíamos... Tú lo sabes. Ambos nos sentíamos culpables y no nos atrevíamos a afrontar los hechos... Pero lo que se siente en el alma no se puede ocultar por mucho tiempo. Ni tú ni yo lo hemos buscado. No somos culpables. Tú eres libre y yo también. Es lamentable que Henry haya perdido la vista, pero si le hubieses querido de veras no te habrías enamorado de mí...

—Eso es verdad. Henry era simpático, un compatriota que me

enseñó cosas que yo ignoraba de las costumbres de tu país. Me ayudó y de ahí nació una corriente de simpatía... Pero no hubo nada más. El me consideraba como novia, pero la verdad es que nunca hablamos del futuro. Habríamos terminado igualmente. Sólo que ahora...

—Todo puede quedar arreglado satisfactoriamente. Henry es razonable. Lo comprenderá. Y comprenderá también que no le compadecemos. Siempre ha detestado verse compadecido.

Tras un silencio, Doris asintió:

—Será un rudo golpe, pero a mí también me cuesta fingir. ¡Vamos! ¡Acabemos cuanto antes!

Doris puso en marcha el descapotable.

Cuando llegaron a la clínica, las visitas se habían ido ya.

A ambos, la telefonista de la centralita les conocía bien.

—¡Oh! Hoy vienen un poco tarde. Avisaré al señor Ryan. Está ya en su habitación; se alegrará de recibirles... Pero —miró a Marcel y añadió—: Creí que le había visto antes por aquí.

—¿Antes? —preguntó él.

—Bueno, a eso de las cuatro. Quizá me confundí.

—Esté segura de que sí se confunde. Acabo de llegar de Dijon. He tenido que correr mucho para poder estar a las seis en la estación de Fontainebleau.

Y sin añadir palabra, recorrió el vestíbulo hacia el ascensor acompañado de Doris, que le preguntó:

—A propósito. No me has dicho qué tenías que hacer en Dijon. ¿Algún asunto de trabajo?

—Sí. Luego te contaré.

Cuando entraron en la habitación le encontraron con el enfermero Mercier.

—¡Doris! —exclamó el invidente—. Me alegro de que hayas venido... ¿Qué tal, Marcel? Ya me han comunicado que tú subías también. Vamos, acercaos... ¡Gracias por su compañía, Mercier! Ahora ya no voy a necesitarle.

—¿Desde cuándo necesitas compañía? —inquirió Marcel.

El enfermero hizo un gesto ambiguo con la cabeza como si quisiera decir que algo ocurría. Luego salió de la estancia.

—Ha ocurrido algo muy desagradable, ¿sabéis? Estoy esperando que llegue la policía.

—¿La policía? —repitió Doris, cambiando una mirada con Marcel.

—Alguien me ha amenazado de muerte. Pero... sentaos. Sentaos ya... Sé que seguíis en pie y me ponéis nervioso. ¡Oh! Disculpadme. Es que no he logrado sobreponerme.

Y mientras el invidente relataba lo que había ocurrido aquella tarde, el inspector Calvet cerraba el expediente que había estado leyendo en el apartado que hablaba de la huida y posterior accidente del condenado Charles Dubbonnet.

—¿Ha encontrado algo? —le preguntó uno de sus subordinados.

—No. Pero necesito una relación de los amigos, familiares, parientes, de los que tuvieron relación con Dubbonnet. Especialmente de los más allegados.

—¿Cree de verdad que se trata de una venganza?

—Si lo fuera sería la venganza más canallesca que se pueda perpetrar. ¡Nada menos que contra un ciego!

En la clínica, Doris y Marcel estaban ya al corriente de lo acaecido.

—¿Cómo es posible que existan canallas de ese calibre? —soltó la muchacha, indignada.

—Me gustaría descubrir a este tipo, Henry. Te aseguro que iba a pasarlo mal.

—La policía se hará cargo del asunto. Calvet me ha prometido que no me dejarían sólo ni de día ni de noche, pero yo... confiaría más en ti. Ya sé, ya sé, Marcel, que no puedes dejar tu trabajo y trasladarte a vivir aquí.

—Lo mío no es perseguir a los delincuentes. Ya lo sabes. Sólo investigo conductas, hago informes acerca de la solvencia de las personas. No soy un detective criminalista.

—Pero eres buen observador y sabes deducir las cosas...

—Vendré tan a menudo como pueda. Te lo aseguro.

Y después de la noticia que el invidente les había dado, tanto él como Doris, aun sin pronunciar palabra, parecieron de mutuo acuerdo en no hablar de lo que les había llevado hasta allí. No, una vez más, el ciego ignoraría que Doris y Marc se amaban, y una vez más también ellos —Doris y Marc— fingirían a pesar suyo.

—Tenemos que marcharnos —dijo ella—. Marc tiene trabajo. Hoy ha estado en Dijon y ha venido con el tren. Tendré que

acompañarle con el coche.

—No quiero que os entretengáis por mi culpa... ¡Ah! Avisad a Mercier. Decidle que vuelvo a quedarme solo.

Fuera, en el corredor, un hombre vestido con un traje oscuro se aproximaba a la puerta de la habitación de Henry.

—Dame la mano, Marc —pidió el invidente.

Se estrecharon mutuamente. Luego el francés se dirigió hacia la puerta cuando Henry le pedía a Doris:

—Dame un beso. No importa que Marc esté aquí. Ahora es como si estuviésemos solos tú y yo.

Ella cerró los ojos. Marc volvió la espalda y abrió en el momento en que en el umbral aparecía el hombre del traje oscuro.

—¿Quién es usted? —preguntó Marc.

—¿Yo? ¿Y usted? ¿Qué hace aquí dentro? Esta habitación es... —Estiró el cuello y miró al interior.

—¿Qué pasa? —preguntó Henry.

—No lo sé. Hay un tipo en la puerta —repuso Marc.

—¿Qué es eso de un «tipo»? —protestó el recién llegado—. Soy policía —mostró su placa y añadió—: Y ahora identifíquense ustedes.

La llegada del doctor Dupont, acompañado de una enfermera, ahorró nuevas explicaciones, y el oftalmólogo se quedó unos momentos para cambiar impresiones con el agente enviado por el inspector Calvet.

Entretanto, la telefonista pasaba una llamada telefónica a Henry.

A través del hilo telefónico, una voz le susurró en el mismo tono que Henry ya conocía:

—Recuerda que tu sentencia está dictada, Henry Ryan. Nada ni nadie podrá evitar tu fin. Eres un condenado.

Y antes de que el ciego pudiera contestar, su interlocutor cortó la comunicación.

CAPÍTULO IV

Había transcurrido una semana. Los nervios de Henry estaban a flor de piel.

Cada vez que oía una voz tenía un sobresalto; cuando escuchaba rumor de pasos, gritaba. Si en su nerviosismo tropezaba con alguien, sentía un escalofrío de terror.

Durante la semana había recibido nuevas comunicaciones anónimas. Siempre con la misma voz.

Por teléfono: «Todo llegará por sus pasos contados. Nadie puede salvarte, cerdo».

Otra vez en el corredor, había mucha gente, alguien tropezó con él y le susurró:

—Sigo estando cerca de ti.

—¡Es él! —había gritado Henry, pero el policía que avanzaba a prudente distancia, como un visitante más mezclado entre enfermeras, médicos y sanitarios, no logró dar con la persona que había topado con el invidente.

Por fin, el asesino en potencia, la persona que había conseguido que Henry viviera en una constante sicosis de terror, dejó oír nuevamente su voz de una forma más original.

El ciego había recibido un paquete por correo a su nombre y sin remite.

El policía de turno examinó el envío con recelo. Luego abrió el paquete en la habitación de Henry y descubrió que se trataba de un pequeño magnetofón de fabricación japonesa que llevaba incorporada una minúscula cinta.

Con un presentimiento, el invidente y con el policía por testigo puso en marcha la reproductora.

Al principio sonó una musiquilla, como pórtico o prólogo de algo. Pero el ciego esperaba algo más. Adivinaba que aquello no era un simple obsequio mandado al azar y sin motivo, y sus sospechas

se confirmaron cuando al cesar la música surgió la voz sibilina, indudablemente disimulada. Una voz ridícula y macabra a un tiempo:

«—Para que lo tengas presente en todo momento, Henry... Para que no olvides que estás condenado a muerte... Morirás, Henry. Morirás porque me condenaste a mí, y yo era inocente. Morirás, Henry... Morirás...»

Luego sonaba otra vez la musiquilla y de nuevo la voz metálica, en conserva, grabada en la diminuta cinta.

Henry cortó la conexión. Jadeó de angustia, y la voz del policía vino a recordarle que no estaba solo, pero no le tranquilizó:

—Deme eso. Al comisario le gustará examinarlo. Quizá podamos averiguar su procedencia.

—Sí... sí —jadeó el invidente—. Lléveselo... ¡Oh, no! Ahora no. Espere a que venga su relevo. No me dejen solo. Puede ser alguien del personal de la clínica.

—Mire, señor Ryan, en estos últimos días en el hospital había más policías que enfermos. El inspector Calvet en persona ha estado investigando acerca de todo el personal sanitario. Parece que por ese lado puede usted estar tranquilo.

Tras un silencio, Henry, visiblemente asustado, musitó como un sonámbulo:

—Me matarán... Si no descubren pronto a ese hombre, me matarán...

Era ya de noche. En la comisaría, Calvet pasaba y repasaba la diminuta cinta magnética, frente a su ayudante y con expresión cansada.

—Nada —dijo cerrando—. Pásalo al laboratorio. Que traten de averiguar si la voz es de hombre o de mujer. Esto podría ser interesante.

—O de un muerto. ¿Verdad, señor? —sonrió el ayudante.

—Hum. Déjate de tonterías. ¡Ah!, y quiero saber dónde venden aparatitos de éstos por los alrededores y quién ha comprado alguno últimamente... Ya sé, ya sé que es tarea de tiempo y rutinaria. Odio la rutina, pero por algo hay que empezar...

Entretanto, en el centro oftalmológico reinaba la más absoluta calma.

Los corredores permanecían vacíos, igual que las salas de espera

y los despachos de los médicos.

La telefonista nocturna no tenía llamadas que atender y leía una novela de terror.

Dos enfermeros se despidieron junto a la puerta de un ascensor y cerca de ellos cruzó Ivonne, perteneciente al sector donde se hallaba Henry Ryan.

Junto a la puerta de su habitación, el policía del turno de noche permanecía sentado y dejaba vagar su mirada por el ancho y desierto corredor.

Henry, inmóvil en su cama, permanecía despierto. La ventana de su habitación se hallaba entornada y la suave brisa movía las transparentes cortinas.

Ivonne entró en la salita de descanso del personal de guardia y sonrió a Mercier, que parecía haber estado aguardándola.

Se besaron en silencio.

Todo era absolutamente normal. Incluso aquel silencio. Todo era...

No, no... Algo empezaba a salirse de lo comente, porque no es lógico que la gente ande por las cornisas, y alguien lo estaba haciendo en aquellos momentos.

Una forma humana difusa por la oscuridad y con la espalda pegada a la pared avanzaba por el alero del piso donde tenía su habitación Henry Ryan.

El extraño paseante nocturno, que permanecía bien atento de no dar un traspie que le precipitara al vacío, continuaba avanzando en dirección a la ventana de la habitación de Henry.

No había nadie en el oscuro jardín que pudiera vislumbrar la extraña excursión.

La silueta continuó su recorrido, mientras Henry, inmóvil en su cama, respiraba acompasadamente con un rictus amargo en las comisuras de sus labios y los ojos ocultos tras el necesario vendaje.

La sombra estaba a sólo una habitación; cuatro metros de distancia le separaban de la ventana.

El policía de guardia disimuló un bostezo de aburrimiento. Seguramente pensaba que sólo un loco sería capaz de aproximarse para atacar al amenazado Henry.

Es posible que no pensara en la posibilidad de que el presunto vengador pudiera estar a solo... dos metros de la ventana.

Henry se removió inquieto. ¿Presagiaba algo?

La silueta, rígida, junto a su ventana se inclinó ligeramente hacia la habitación para observar al internado.

Henry se incorporó, puso los pies en el suelo y buscó las zapatillas para calzárselas.

Estaba nervioso, aunque procuraba dominarse.

La silueta aguardó unos instantes.

Henry extendió su diestra en busca del bastón que normalmente se hallaba apoyado junto a la mesilla de noche.

Su mano, sin la guía de sus ojos, chocó torpemente con un vaso que estaba sobre la mesilla. El vaso cayó sobre el terrazo de la estancia en la parte donde no había alfombra.

Se rompió.

El policía percibió débilmente el ruido de los cristales y entró apresuradamente.

—¿Ocurre algo, señor Ryan?

—¿Quién es usted? —inquirió el invidente, volviéndose por instinto.

—Tranquilícese. Soy el agente de guardia. ¿No reconoce mi voz?

—¡Oh! Disculpe... Sentía un poco de aire. Iba a cerrar la ventana. Creo que he roto un vaso.

—Yo se la cerraré —repuso el policía, complaciente.

—No, no... Quiero acostumbrarme a hacer las cosas por mí mismo... Jamás recobraré la vista, ¿sabe? Tengo que aprender mucho...

—Bueno... —murmuró el agente, sin saber qué respuesta hubiese sido la más adecuada.

Ya con el bastón, el invidente se aproximó torpemente a la ventana y buscó los pórtillos para cerrarla.

—Si no me necesita... —murmuró el policía.

—No. Espero que no.

El agente salió de la estancia, cuando Henry Ryan, en vez de cerrar, decidió asomarse. Naturalmente, no pudo ver la silueta pegada a la pared, en pie sobre la comisa. Cerca... muy cerca de él.

Y la silueta comenzó a inclinarse hacia la cabeza de Henry.

CAPÍTULO V

Cuando el agente de guardia escuchó el grito se precipitó nuevamente hacia la habitación del invidente.

A partir del momento en que el policía abrió la puerta, todo empezó a suceder muy deprisa. En realidad, estaba sucediendo ya.

La silueta había saltado al interior de la estancia y Henry forcejeaba con él.

Lo poco que pudo ver el policía fue algo parecido a un estilete, un bisturí quizá, un objeto brillante que parecía buscar ansioso un punto vulnerable en el cuerpo de Henry, que cayó de espaldas sobre la cama, dando una grotesca pirueta.

El agente trató de desenfundar su revólver, pero el intruso se precipitó sobre él y consiguió derribarle antes de que el policía pudiese utilizar el arma.

Henry no sabía exactamente lo que sucedía. Únicamente percibió los jadeos de los dos contendientes en su sorda lucha para imponerse. Después escuchó un disparo, otro...

En el forcejeo, el revólver de reglamento del policía se había disparado hasta dos veces. Por fin escuchó una exclamación de dolor.

—¡Agg!

A continuación, ruido de pasos precipitados por el corredor y voces inconcretas. Tuvo la sensación de no hallarse solo. Quizá el asesino seguía en la estancia y estaba cerca de él.

—¡Es ahí! —gritó una voz.

—¡Socorro! —gritó Henry una vez más.

Alguien se precipitaba nuevamente hacia la ventana para desaparecer por ella, mientras la habitación se llenaba de gente.

Reconoció la voz de Mercier.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

La enfermera Ivonne estaba también allí y lanzó un grito.

Había otra persona. Uno de los médicos de guardia, Poldie, creía recordar.

En total tres personas... y otra más, otro enfermero al que recordaba poco.

De pronto se hizo un silencio.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —quiso saber Henry.

La escena, si la hubiese presenciado el invidente, resultaba trágica.

En el suelo yacía el agente con el estilete clavado en el pecho. Le había partido el corazón. Ivonne había tenido que apoyarse en Mercier para no caer desvanecida.

El doctor Poldie y el otro enfermero guardaron silencio unos instantes, hasta que la voz del primero, en tono grave, murmuró:

—Este hombre está muerto. Habrá que avisar a la policía. Esto no me gusta.

El hombre muerto era el agente encargado de la vigilancia. El asesino le había clavado su arma de modo certero y fulminante.

Mercier dejó oír su voz:

—Tranquilícese, señor Ryan. Le cambiaremos de habitación. Creo que hay una libre en el piso tercero. Prepáralo todo, Ivonne. Creo que convendría que prepararas un calmante.

—Estoy bien, estoy bien... Pero ¿y «él»? Búsquenle a él. Al asesino. ¡Ha entrado por la ventana!...

Hubo un movimiento general hacia la abertura del fondo, hacia la ventana que había indicado el invidente.

Nada. La comisa estaba vacía.

—¿Está seguro? —preguntó Mercier.

—Sí... Tuvo que entrar por ahí. Un momento antes había hablado con el agente —aseguró Henry.

—Ve por la inyección, Ivonne —pidió el enfermero ante la actitud temblorosa del paciente.

—Un momento —terció el doctor Poldie—. ¿No cree que soy yo quien debe decidir, Mercier?

—Sí, doctor, pero pensé que...

—Ocupese de llamar a la policía. Vamos. Yo le atenderé, señor Ryan —añadió el médico de guardia.

Ivonne permanecía inmóvil sin saber qué hacer.

—Y usted, enfermera Ivonne, prepare esa habitación libre...

Seguro que la policía querrá buscar huellas e indicios aquí. Que nadie toque nada... Ya me han oído todos. Ahora váyanse... —Y luego, para sí, añadió—: Al profesor no le va a gustar esto. No, señor...

El profesor Salardu se había levantado de la cama para acudir a la clínica cuando la policía, al frente de la cual se hallaba el inspector Calvet, ya llevaba algún tiempo buscando indicios en la habitación donde se había cometido el crimen.

Salardu pasó a la nueva habitación de Henry Ryan cuando el inspector le estaba interrogando.

El invidente no pudo hacer otra cosa que repetir lo que había dicho antes al personal sanitario.

—Sí. Tuvo que entrar por la ventana...

—¡Nunca había ocurrido una cosa semejante en mi clínica! —se lamentó Salardu—. Exijo un mayor interés por su parte, inspector. Estoy dispuesto a hablar personalmente con el comisario... No puedo consentir que la vida de uno de mis pacientes esté al albur por culpa de un maníaco...

—Cálmese, profesor... Y ahora discúlpeme, no molestaré más a su paciente, por el momento.

Calvet, visiblemente preocupado, salió para reunirse con dos de sus hombres que habían intentado encontrar indicios por los alrededores.

—¿Qué hay de las habitaciones contiguas?

—Están ocupadas, tal como nos habían dicho, señor —informó uno de los hombres.

—¿Y los ocupantes?

—No ven, señor. No saben nada.

—Bien. No ven, pero oyen... ¿Ningún ruido?

—No, señor... Pero hay algo... En la tercera puerta está una de las salas-almacén o algo así; es donde guardan ropas y cosas... La ventana estaba abierta... Están tomando huellas en el alféizar y en el suelo.

—¡Vamos allá! —exclamó Calvet.

Los técnicos habían concluido ya su trabajo. Habían fotografiado los polvos reactivos derramados sobre puntos clave y esperaban instrucciones para llevarlos al laboratorio.

Uno de los hombres regresó de la antigua habitación del

invidente, en la que tuvo lugar el atentado a Ryan y subsiguiente muerte del agente de guardia.

—Señor... Creo que se nos había pasado por alto esto —y mostró un pequeño objeto. Calvet lo tomó en la palma de una de sus manos con sumo cuidado.

Era un pintalabios.

Un lápiz con su estuche dorado.

—Estaba debajo de la cama —informó el que lo había encontrado.

—Llévenlo con cuidado al laboratorio para que saquen las huellas —ordenó Calvet.

En el instante en que el ayudante iba a meter el lápiz dentro de un sobre especial, pasó la enfermera Ivonne y se quedó mirando el pequeño objeto.

Calvet se volvió.

—¿Le ocurre algo?

—No, no —sonrió ella, forzadamente—. Nada.

—¿Reconoce esto? ¿Es suyo? —instó el policía.

Ella negó con la cabeza y siguió su camino. Calvet la siguió con la mirada hasta verla desaparecer por la esquina del corredor, luego hizo un gesto a sus hombres para indicarles que podían regresar.

CAPÍTULO VI

Dos semanas más tarde

Marcel Darc descendió la escalerilla del avión procedente de Nueva York, que momentos antes había tomado tierra en el aeropuerto de Orly.

Desde el bar, Doris observaba la llegada de los pasajeros que se dirigían hacia la puerta de entrada a las dependencias de vuelos internacionales.

Marcel pasó la aduana con una simple maleta de piel y se encontró de lleno con dos individuos que se identificaron como policías judiciales.

—¿Señor Darc?

—Sí, yo soy, pero no comprendo...

—Venga con nosotros, por favor. El inspector Calvet quiere hacerle unas preguntas.

—Pero escuchen... Oigan... —Fue inútil. Escoltado por un policía a cada lado, muy amablemente fue invitado a subir a un automóvil particular, sin distintivos, que arrancó en el momento en que Doris llegaba corriendo a la acera a tiempo sólo de ver partir al recién llegado de Estados Unidos.

Cuarenta minutos más tarde, Marcel Darc, visiblemente extrañado, se hallaba en una dependencia de la judicial que el propio Calvet confesó le había sido prestada por sus colegas para...

—Para estar más tranquilos, señor Darc.

—No entiendo nada de esto. ¿Qué significa?

—Usted es muy amigo de Henry Ryan. Lo sabemos. Se dedica a la investigación privada y en sus horas libres corteja a la novia de su amigo.

—Oiga, inspector, no voy a tolerarle...

—Cálmese, por favor... Si yo tuviera su edad también intentaría acercarme a la señorita Doris. Es un auténtico bombón... Bueno, aparte de esto, no suelo inmiscuirme en las vidas privadas ajenas...

—Entonces vaya directamente al asunto. No puede retenerme... Esto ha sido casi un secuestro.

—En cierto modo, pero seguro que le ha resultado menos molesto que una citación.

—¿Una citación?

Adoptando un tono profesional, el policía carraspeó y preguntó seguidamente:

—Señor Darc... ¿Cuándo salió usted para Estados Unidos?

—Seguramente conoce usted la respuesta, inspector.

—Cierto, pero preferiría que fuese usted...

—¡Acabemos, inspector! —cortó Marcel—. ¿Qué quiere de mí?

—Hace exactamente trece días salió de París con rumbo desconocido.

—Fui a Nueva York. Pero no creo que esto le importe a nadie.

—A mí, sí, señor Darc, porque la noche anterior a su marcha murió uno de mis hombres en el hospital de Fontainebleau donde está internado su amigo Henry Ryan. Alguien le asesinó utilizando un instrumento quirúrgico. Un vulgar bisturí.

—No lo sabía... Pero me hubiera enterado enseguida si usted no me hubiese traído aquí.

—Bueno —sonrió Calvet—. No se ha dado mucha publicidad al asunto, en atención a la personalidad del profesor Salardu...

—Bien. Lo lamento. ¿Qué tal está Henry?

—Él está bien, señor Darc, pero no cabe duda de que trataron de asesinarle.

—Lo sé. Me pidió ayuda.

—¿A usted?

—Sí. Me dedico a la investigación privada... Bueno, la verdad es que no soy detective en lo que la gente entiende por tal profesión...

—Sé lo que es usted, señor Darc —cortó el policía.

—En cambio, yo no comprendo por qué me han traído aquí.

—Usted tiene un «Pontiac» matrícula... ésta —y le tendió una nota escrita que arrancó de un bloc.

—Sí. Es mi coche.

—¿Cómo fue usted al aeropuerto cuando marchó a Nueva York,

señor Darc?

—En un taxi.

—¿Desde su casa?

—Sí. No sabía el tiempo que permanecería ausente y preferí no tener que dejar el auto aparcado en Orly. Ya sabe...

—Sí, sí... Pero ¿y su coche? ¿Dónde lo guarda usted?

—No tengo garaje. Hay un solar cerca de donde vivo. Se puede aparcar allí. Siempre hay sitio.

—El día diez exactamente, señor Darc... ¿Utilizó su coche?

Marcel frunció el entrecejo, forzó su memoria y el inspector, para ayudarle, añadió:

—El día antes de su marcha. Mejor dicho. La noche...

—Bueno, salí con... No. Estuve trabajando. Realicé unas gestiones por la tarde y... No... no volví a utilizar mi automóvil. Pero... ¿qué sucede? Hable claro, por favor, Calvet.

—Su «Pontiac», señor Darc —repuso Calvet con énfasis—, fue encontrado en un descampado de Fontainebleau cerca del hospital donde se halla internado su amigo Henry Ryan, la misma noche que atentaron contra su vida... La misma noche que una persona desconocida, con un bisturí, dio muerte a uno de mis hombres, que le sorprendió mientras el asesino estaba atacando al señor Ryan.

—¿Mi coche...?

—Sí, señor Darc... ¡Ah! ¿Reconoce esto?

Y el policía mostró a Marcel el lápiz de labios que había sido encontrado debajo de la cama del invidente.

—Cójalo —le invitó Calvet, ante la indecisión e incertidumbre de Marcel, que al fin lo tomó en sus manos.

Marcel permaneció unos segundos examinando el pintalabios sin hacer el menor comentario.

Fue el policía quien añadió:

—Es de oro. Dieciocho quilates. Con unas iniciales muy especiales. M., a D. Las letras son muy características. Estilo gótico. Las usan en algunas joyerías especializadas. La de Dumont et Fils, por ejemplo. El dueño recuerda perfectamente el encargo de este grabado.

—No comprendo nada —murmuró Marcel, pensativo.

El policía sonrió y musitó:

—Marcel a Doris... M., a D. ¿No le sugiere nada?

—Ya veo por dónde va, inspector... No. Yo no haría jamás una vulgaridad semejante.

—¿Vulgaridad? Le costó dos mil quinientos francos.

—A mí, Calvet... no me costó nada, por la sencilla razón de que yo no compré esto a Doris... Y ahora ya sé por dónde va. Lo siento. Ha perdido lastimosamente su tiempo esperándome; el asesino sigue suelto y esto quiere decir que Ryan sigue en peligro...

—Deje de preocuparse de su amigo por un momento, señor Darc. Le aseguro que el hospital está perfectamente vigilado, y es curioso, pero desde su ausencia, su amigo no ha vuelto a recibir ninguna amenaza.

—Basta ya de insinuaciones, Calvet.

—Señor Darc, hábleme de su precipitado viaje a Estados Unidos y de paso explíqueme qué demonios hacia su coche cerca del hospital esa noche...

Tras un silencio, Marcel murmuró:

—Lo de mi automóvil lo ignoro por completo. Seguramente me lo robaron. No sé. Ya le he dicho que utilicé un taxi para ir al aeropuerto. En cuanto a lo de mi viaje a Estados Unidos, ha sido bastante provechoso y está relacionado con el caso Dubbonnet... Sí, inspector, con el condenado a la guillotina y que ahora se supone quiere vengarse en la persona de Henry Ryan.

Y añadió con énfasis:

—Por eso fui allí. ¿O es que no está al corriente de ese caso, inspector? Es lamentable que la policía esté tan mal informada... a veces.

CAPÍTULO VII

En el gabinete del profesor Salardu, Henry permanecía inmóvil en el sillón, donde el profesor en persona acababa de quitarle los vendajes para examinar sus pupilas.

—¿Nota algo? —inquirió Salardu, pasando las manos cerca de los ojos de Henry.

—Nada, profesor... Apenas unas sombras, pero no sé si son reales. Quizá es mi deseo de ver. No estoy seguro... Abra las ventanas... Esto está oscuro, ¿verdad?

Estaba oscuro, pero con luz suficiente para que cualquier persona, aun con visión deficiente, hubiese podido ver en la sala además del profesor, al ayudante Dupont, primer oftalmólogo del centro, a Poldie y a la enfermera Ivonne.

Todos parecían esperar la reacción de Ryan, que movía las pupilas de un lado a otro con expresión torpe.

—Den toda la luz —ordenó Salardu.

Ivonne fue hacia los interruptores y pulsó los que mantenían apagadas el resto de las luces del gabinete.

La luz inundó por completo la sala y Salardu se volvió hacia su paciente.

—¿Y bien, señor Ryan?

—Es inútil, profesor. Veo sombras, sí... pero todo en negro.

—Borroso, querrá decir.

—No, no, profesor. Es como si usted cierra los ojos sin forzarlos y se tumba cara al sol en la playa. ¿Lo ha hecho alguna vez? —Y sin esperar respuesta, prosiguió—: En esa posición que le digo, doctor, cara al sol y con los ojos cerrados, usted percibe un cierto color, aunque no vea absolutamente nada, pero si se pasa una mano por delante percibirá la sombra, aunque sepa de qué se trata... Luego, si usted se tapa los ojos con la mano, verá como el color que antes percibía se toma negro en absoluto.

—Cierto.

—Bien, pues yo percibo un color indefinido. Si usted me pasa una mano por delante, veo como una sombra, pero ignoro si es una mano...

—Comprendo.

—Con la venda era todo más negro, pero la situación no varía mucho. ¿No cree?

—Tenga paciencia...

—Profesor... Ya ha experimentado bastante conmigo... De veras, déjeme descansar una temporada en mi casa de St. Cast. Quiero aprender por mí mismo a valerme de las cosas, a moverme con la menor ayuda posible, por si acaso... por si acaso se confirma que mi ceguera ya no tiene remedio.

—Si ése es su deseo, señor Ryan... yo no voy a retenerle. Las posibilidades de su recuperación, esto ya lo sabe usted, son pocas, pero existen, y no hay que perder la esperanza... Particularmente, opino, también que una temporada de descanso puede favorecerle a condición de que se relaje usted, de que descanse y procure vivir sin ninguna obsesión...

—Bueno —sonrió Ryan, fingiendo una animación que estaba lejos de sentir—, la verdad es que últimamente los acontecimientos no me han sido muy propicios para que pudiera descansar.

—Afortunadamente, ese maníaco que le perseguía no ha vuelto a dar señales de vida —adujo Dupont por su parte.

—No hable de eso, doctor. Fue como una pesadilla —cortó el profesor—. Obra de un loco, nada más... Bien, volvamos a lo nuestro. ¿Cuándo piensa marchar, señor Ryan?

—Hoy mismo, si puede ser. Esta tarde. He llamado a Doris por teléfono para que me lleve a St. Cast. Ha dicho que vendría cuando salga de la oficina. Estará aquí alrededor de las siete.

—¿No será muy tarde? —inquirió el profesor.

—A Doris no le importa. Y en cuanto a mí, la noche se diferencia muy poco del día.

Los reunidos en el gabinete cambiaron sendas miradas. Incluso para los profesionales habituales a los casos más desesperados representaba un duro golpe verse imponentes para resolver casos como aquel que condenaban a un hombre joven a verse privado del máspreciado de los sentidos humanos: la vista.

Acompañado por Ivonne, Henry regresó a su habitación de la tercera planta.

La ventana estaba cerrada y las cortinas echadas. La oscuridad era total.

—Déjelo como está —dijo el invidente.

—¿Quiere que prepare sus cosas? —inquirió ella.

—No... Lo haré yo mismo. Quiero acostumbrarme. Luego... Doris dará un repaso. Déjeme ahora, por favor.

—Como usted desee, señor Ryan.

—¡A propósito...! ¿Los agentes...?

—No se preocupe. Siguen ahí. Los hay en el jardín, en la entrada y en los corredores; visten con batas como el personal para no llamar la atención.

—Sí, sí... gracias.

—¿Desea algo más?

En aquel instante apareció Mercier, pero no llegó a pasar, se quedó únicamente en el umbral e hizo un gesto con la cabeza a Ivonne como si quisiera indicarle que deseaba hablar con ella.

La enfermera asintió.

Henry, aun sin ver, pareció presentir la presencia del enfermero.

—¿Hay alguien más en la habitación? —preguntó.

—No, no, señor Ryan —mintió ella.

Mercier se separó guiñando un ojo a la muchacha, y luego se alejó hacia la sala privada que los Sanitarios utilizaban como guardarropía, para cambiar de ropas y descansar.

—Le dejo, señor Ryan —dijo Ivonne.

—Aguarde... Los lavabos del corredor están junto a la esquina, ¿verdad?

—Tiene su propio lavabo aquí, señor Ryan —repuso la enfermera.

—Lo sé, lo sé, pero quisiera ir al general. Lo intentaré. Y no quiero que me ayude, ¿eh?

—Está bien —repuso ella. Le dejó ir y Henry avanzó casi pegado a la pared, con la impericia de un ciego neófito, temeroso de tropezar a cada instante.

La enfermera cerró la puerta y siguió tras él sin prisas hasta alcanzar la habitación donde había entrado Mercier.

—¿Cuándo se larga? —preguntó Mercier apenas la muchacha

hubo entrado.

—Esta tarde. Ya lo has oído.

Mercier emitió un gruñido.

—Es mejor así, Max.

—¿Tú crees?

—Sí...

Tras un silencio, el enfermero, visiblemente nervioso, soltó:

—¿Y la policía?

—Nada.

—¿No te ha hecho ninguna pregunta?

—Después de lo de aquella noche, no.

—Pero ese maldito pintalabios...

—¡Oh! Olvídate de esto...

—Lo encontraron debajo de la cama de Ryan... ¡Precisamente después de haberse cometido el asesinato! —exclamó él.

—No grites, por favor. Cálmate —y se volvió hacia atrás al tiempo que la puerta del cuarto se cerraba lentamente, a pesar de que ella estaba segura de haberla cerrado ya al entrar.

Mercier se precipitó hacia ella. Tenía la sensación de que alguien había estado escuchando.

Abrió de golpe.

Era Henry.

—¡Oh! Perdonen... Debo haberme equivocado. Busco el lavabo.

—Está un poco más abajo, señor Ryan. Yo mismo le acompañaré —dijo Mercier, fingiendo amabilidad.

—Soy muy torpe todavía, pero me superaré. No me acompañe, por favor. Dicen que para triunfar hay que fracasar primero. Estoy aprendiendo.

Se alejó de nuevo y Mercier se volvió hacia la enfermera.

—¿Ha sido casualidad o nos estaba espiando?

—Por favor, Max. No puede ver nada. Anda perdido. A veces me da pena, y no será porque no haya visto ciegos...

—A ti todo el mundo te da pena. Elegiste mala profesión.

—No puedo evitarlo... Pero será mejor que no nos vean juntos demasiado.

—¿Y qué si nos ven? Somos compañeros, ¿no?

—De acuerdo, pero hasta que todo esto haya pasado... Además, al profesor tampoco le gusta que hagamos demasiados «apartes». Ya

sabes que quiere vernos de un lado para otro.

—Luego hablaremos —repuso Mercier, y salió hacia el corredor. Miró hacia un lado y otro; Henry ya debía de haber encontrado el lavabo porque no estaba por ninguna parte.

Mercier se dirigió hacia la habitación del invidente. Saludó con la mano a un individuo que paseaba con una bata blanca igual a la suya. Era uno de los policías camuflados, luego se metió en la habitación y entreabrió ligeramente la ventana para que entrara un poco de luz.

Enseguida abrió el armario empotrado y buscó con la mirada entre las cosas del ciego.

En el corredor, Poldie y otro médico caminaron juntos hasta la puerta del almacén del botiquín y repuestos de la planta. Poldie entró en la estancia y cerró cuidadosamente con el pasador para seguidamente abrir un armario y buscar entre unos medicamentos.

En el corredor se sucedían algunas idas y venidas del personal interno, así como de algún que otro visitante. Los dos policías con batas clínicas paseaban por los extremos. En las últimas dos semanas nada había sucedido y la calma se hizo casi rutinaria.

Sólo que aquella mañana... en aquel preciso instante...

—¡Aaah! —el grito surgió de la habitación de Henry Ryan. Fue un grito largo, prolongado, estentóreo.

Un grito de agonía.

CAPÍTULO VIII

Entraron primero los dos policías, tras ellos fueron apareciendo otras personas que formaban parte del equipo quirúrgico.

La ventana, abierta por completo, permitía perfectamente el paso de la luz.

Sobre la cama, atravesado, y caído grotescamente hacia atrás con la cabeza colgando, yacía el sanitario Mercier, con algo clavado en el pecho.

Todo su cuerpo estaba manchado de sangre, y mostraba evidentes señales de haber sido herido en varias partes.

Aun sin tocarle, resultaba evidente que Max Mercier estaba muerto.

—¡Que nadie se acerque! —exclamó uno de los policías, y dirigiéndose al otro compañero, añadió—: Avisa a los demás. Que nadie salga del edificio sin identificarse. Yo avisaré al inspector.

El agente se asomó por la ventana cuando otro de los agentes apostados en el jardín estaba gritando algo ininteligible. Los gritos parecían referirse a «la ventana».

—¡Por ahí, Jaubert! —repitió más claramente—. Alguien ha huido por la cornisa.

Se organizó de inmediato una cadena de vigilancia por parte del personal sanitario, que fue requerido para cooperar con la policía.

—Bloqueen las esquinas. Esta vez el criminal no escapará —dijo el policía, resuelto.

Poco después, el agente del jardín que había visto a la silueta deslizarse por la cornisa completó su informe.

—Por la tercera ventana. ¡Se ha metido por la tercera ventana!

Todo había sucedido tan deprisa que nadie parecía acordarse del verdadero ocupante de aquella habitación: de Henry Ryan.

Henry apareció entonces por detrás de enfermeras y sanitarios golpeando el suelo con su bastón.

—¡Señor Ryan! —Ivonne fue la primera en gritar su nombre.

Alguien le cogió por un brazo mientras el ciego inquiría:

—¿Qué ha pasado?

El policía fue concreto. Demasiado tal vez para un hombre en el estado de Henry.

—Han intentado matarle, señor Ryan. Deben haberse confundido. Sólo esto le ha salvado.

—¡Dios mío! Creí que... que la pesadilla había terminado —murmuró el ciego.

Otro policía había abierto la puerta que correspondía a la tercera ventana. Era, igual que en otros pisos, la correspondiente al almacén de botiquín y repuestos.

En el suelo se hallaba el interno doctor Poldie. Se incorporó medio aturdido y extrañado por la presencia del policía.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cuánto tiempo lleva aquí dentro? —soltó el agente.

—Oiga, yo sólo entré a buscar unas cosas y... ¿Qué ha pasado?

—Han asesinado a un enfermero y quien lo ha hecho huyó por la cornisa y entró en esta habitación.

—Me han golpeado... —repuso Poldie—. Sí... Seguramente alguien entró por la ventana. No puedo asegurarlo, pero cuando oí ruido me volví y... ya no sé lo que pasó. Sólo sentí un golpe.

—¿Cuál es su nombre, doctor?

—Alexander Poldie.

—Bien, doctor. Lo siento, pero el inspector Calvet querrá hacerle algunas preguntas.

Calvet admitió la hipótesis de sus ayudantes.

—Sí. Es posible que el asesino se hubiese confundido... Y casi podríamos describir su trayectoria... Salió de la habitación de los repuestos, recorrió la comisa y se metió en el cuarto de Ryan, creyendo encontrar a un ciego. Posiblemente, cuando descubrió su error, el propio Mercier ya le había reconocido y entonces tuvo que matarle para que no hablara. No fue en realidad una confusión propiamente dicha, aunque las consecuencias para la víctima hayan sido las mismas... Bien, hablaré con ese doctor Poldie.

Calvet, que había acudido al hospital acompañado de Marcel Darc, seguía a su lado en el pequeño despacho que le habían facilitado para los interrogatorios.

Marcel encendió un pitillo y murmuró:

—Lamento lo ocurrido, aunque espero que le sirva para descartarme de su lista, inspector. Ya le dije que había tomado una pista equivocada.

—Cuando se parte de cero, señor Darc, hay que seguir los caminos más inverosímiles, y el suyo... después de todo, no era malo. El coche... cierta rivalidad por causa de una chica...

—Cuidado, Calvet... Ya le dije que no mezclara a Doris. Henry no sabe nada, aunque ya lo sabría de no haber mediado todo este jaleo. Ahora lo único que deseo es averiguar la verdad a base de investigar.

—Seguiremos hablando de ello, señor Darc.

—¿Puedo visitar a mi amigo?

—Por supuesto, pero no se vaya del hospital sin avisarme. Insisto en que todavía tenemos de qué hablar.

—De acuerdo, inspector, y si es para ayudarle, cuente conmigo.

Marcel salió del pequeño despacho, y mientras el policía se dirigía al gabinete de Salardu, donde se había reunido casi todo el personal del centro, él entró en otra salita, donde se hallaba Henry.

—¿Quién es? —inquirió, con un sobresalto.

—Soy Marcel...

—¡Oh, Marcel! Una vez más llegas oportuno. Es confortante oír una voz auténticamente amiga...

—Estuve fuera durante estos días.

—Sí. Doris me lo dijo. Lo sé. Lo has hecho todo por mí.

—Recopilé algunos datos sobre el asunto Dubbonnet y junto con lo que tú me dijiste hice un pequeño historial y con detalles de mi archivo conseguí un punto de partida.

—¿Estuviste en mi país?

—Sí, Henry. En Nueva York.

—¿Y averiguaste algo?

—Dubbonnet tiene un hermano. Bueno. En realidad es un hermanastro.

—¿Le viste?

—No. Hice algunas indagaciones y llegué a la conclusión de que no estaba en Nueva York.

—Entonces... Puede ser él... la persona que me persigue y que ya ha intentado matarme dos veces.

—Pudiera ser, pero va a ser difícil descubrir quién es. Seguramente se oculta bajo nombre falso. Su verdadero nombre es Driscoll. Bueno. No sé si es el auténtico o no. Seguramente el apellido sufrió algunas transformaciones. Tú sabes que en el juicio quedó establecido que Dubbonnet era corso. No sé dónde nació Driscoll, pero ambos hermanastros vivieron bastante unidos, luego sus respectivas conductas dejaron bastante que desear.

—Tienen que ser unos bastardos... Toda la familia —y tras una pausa, el ciego inquirió—: ¿Averiguaste a qué se dedica ese Driscoll... o como se haga llamar?

—Sí, Henry... Parece que estudió medicina. La familia —su padre especialmente— quería que fuese una importante persona, que tuviese una carrera, pero fracasó. Según parece, ya de estudiante tuvo que ver con la justicia.

—¡Médico! —exclamó Henry, con una idea.

—Sé lo que piensas...

—Sí, Marcel... Lo mismo que tú. Si tuvo que ver con médicos, puede... puede que esté aquí... ¡En esta clínica!

—Cálmate. Si está aquí, le cogerán. No te quepa duda.

—No viviré tranquilo hasta que ese hombre esté en poder de la justicia.

—Calvet es muy diligente. Conseguirá atraparlo... si va por buen camino, porque ¿quieres saber algo curioso?

—¿Eh?

—Me retuvieron en París. Calvet sospechaba de mí. ¿Qué te parece?

—¡Oh! Pues sí que es listo ese Calvet... —exclamó el invidente—. ¡Sospechar de ti! ¿Y de veras crees que es un hombre eficiente? No me fío demasiado de la policía de este país. No estoy tranquilo. De veras...

—Tu presunto asesino ha cometido un par de errores. Demasiados... Ahora tendrá que ir con más cautela. —Y tras una transición, añadió—: Me han dicho que vas a dejar la clínica. ¿Dónde te instalas?

—En St. Cast, por supuesto.

—Tendrás protección. Allí al asesino le será más difícil operar.

—Sé que lo intentará otra vez.

—Le pondremos un buen cebo. Si Calvet me deja colaborar, le

cogeremos, Henry. Confía en mí por lo menos. Y deséame suerte para convencer al inspector.

Henry asintió. Parecía plenamente convencido de la eficacia de su amigo.

Marcel Darc le palmeó la espalda. Luego le miró con cierta tristeza y al fin le dejó solo en la estancia.

CAPÍTULO IX

Poldie no había sabido explicar demasiado bien el motivo de su presencia en el cuarto almacén de la clínica.

Tampoco quedó demasiado claro que alguien le hubiese golpeado.

—Repito que no pude ver a la persona. Yo estaba... estaba... buscando unos medicamentos en el armario. Cuando oí ruido, me volví y vi la forma que se me echaba encima. Fue solo una fracción de segundo. Me golpeó con algo duro. No sé...

Le preguntaron si a su juicio podía describir el objeto con que le pegaron en la cabeza, pero Poldie se encogió de hombros.

—No sé... Un bastón tal vez... No lo vi. Sólo tuve tiempo de volverme a medias. Ya se lo he contado. ¡Y basta! No quiero que sigan atosigándome. Soy médico y exijo la presencia de un abogado si esta retención obedece a una sospecha. Llevo un año trabajando en el centro a entera satisfacción. Pregunte al profesor Salardu o al director. Pregunten...

Después Calvet, ya en su propio despacho, atendió a Marcel Darc.

—Una trampa, ¿eh? —comentó, tras oír el plan del amigo del invidente.

—Es lo más apropiado para atrapar cuanto antes al asesino. Si le facilitamos las cosas, picará el anzuelo.

—Se nos ha escapado por dos veces... Al menos eso parece. Sin embargo, tengo la sensación de que no anda lejos... de que está entre nosotros.

—Esa sensación la tiene también Henry... Y yo mismo.

Calvet lanzó un bufido.

—Debió decirme antes lo que había ido a hacer a Nueva York.

—Casi no me dejó hablar. Además, obré con entera libertad. Mi oficio es averiguar cosas de la gente. Me pagan por ello. Esta vez lo

hice gratis. Por un amigo.

El inspector se tomó serio súbitamente y luego comentó:

—Dubbonnet fue condenado por su participación en el asalto a la joyería Martinet, en la que fue muerto un policía, un agente que pasaba por la esquina donde esperaba el auto de los asaltantes. Eran dos...

—Tres, inspector. Había alguien en el coche aguardándoles.

—Sí, sí. Pero sólo fue posible atrapar a uno... A Charles Dubbonnet.

—Gracias a la declaración de Henry Ryan —recordó Marcel.

—Tengo los datos a la vista, señor Darc —repuso el policía—. Y, naturalmente, pienso que esa tercera persona es la que ahora quiere vengarse de Ryan. Porque ni Dubbonnet, ni su cómplice pueden hacerlo. Están muertos.

—En efecto, inspector, pero ¿qué hay del hermanastro de Charles Dubbonnet?

—¿El que se supone les aguardaba en el coche?

—No. No estoy seguro que fuera él. En ese golpe Dubbonnet actuó solo. Es decir, sin el concurso de su hermanastro. El del coche debía ser otra persona.

—¡Oiga, Darc! No complique las cosas. Ahora resultará que buscamos a dos asesinos en vez de a uno.

—Es posible, inspector. Es posible —repuso Marcel.

En la soledad de su pequeño apartamento de París, Marcel repasó los hechos acaecidos en la noche en que Henry Ryan había sido testigo de la muerte del policía en la esquina próxima donde dos individuos habían entrado para perpetrar un atraco y del que se llevaron un botín en joyas tasado en cinco millones de francos nuevos.

De acuerdo con el sumario, quedó probado que Charles Dubbonnet, en compañía de otro individuo que posteriormente fue identificado como André Guinard, entraron en la joyería forzando la puerta blindada situada al fondo del *hall* de la casa contigua y que era utilizada como puerta de emergencia una vez cerrada la principal de la tienda.

Valiéndose de un soplete y otros instrumentos adecuados, los dos hombres lograron forzar esa puerta y posteriormente abrir la

caja fuerte de la joyería, donde se guardaban las joyas que robaron.

Todo les salió bastante bien hasta el momento de la salida.

Fue entonces cuando apareció un policía libre de servicio en la otra esquina, cerca de donde aguardaba el coche que los dos ladrones tenían preparado para la huida con «otra persona» dentro.

De acuerdo con la declaración del testigo ocular Henry Ryan, Dubbonnet disparó contra el policía, que al parecer tuvo algunas sospechas sobre el comportamiento de los dos hombres que acababan de salir de la puerta contigua de la joyería con un maletín.

Tras el disparo que acabó con la vida del policía, los dos ladrones echaron a correr, pero el agente, desde el suelo, pudo disparar sobre ellos, hiriendo mortalmente a uno: a André Guinard, que quedó sobre la acera desangrándose, mientras que Dubbonnet conseguía llegar hasta el coche y desaparecer a todo gas.

Henry Ryan —siempre según el extracto del sumario que Calvet había prestado a Marcel— llamó desde una cabina pública a la policía y dio cuenta de los hechos. Pudo dar el número de la matrícula del coche y la descripción detallada de Dubbonnet. Posteriormente, y de entre las fotografías que le mostró la policía, reconoció al asesino. Días más tarde, cuando Dubbonnet fue localizado, Ryan volvió a reconocerlo entre otros.

Aunque el botín de las joyas no pudo ser hallado, en cambio fueron encontradas en poder de Dubbonnet varias herramientas de las utilizadas para el golpe, el soplete y la pistola de la que había salido la bala asesina.

Se probó también la amistad existente entre el muerto Guinard y el propio Dubbonnet y no faltaron testigos que aseguraron haberles visto juntos últimamente.

Otras pesquisas establecieron definitivamente que él y Guinard habían sido los autores del robo a la joyería, y ante la prueba de balística que confirmó que la bala que había dado muerte al policía había surgido del arma de Dubbonnet, el jurado ya no tuvo ninguna duda en hallarle culpable, ni el juez en condenarle.

Lo que no quedó probado es si en el coche existía una tercera persona aguardando a los dos compinches, pero las joyas —hacía hincapié el sumario— no habían sido encontradas y jamás se consiguió que el condenado revelase su escondrijo.

Ésta era, a grandes rasgos, la historia que concluía con el intento de fuga de Dubbonnet al ser trasladado, intento fallido porque había sido abatido por sus guardianes y no cabía la menor duda de que Dubbonnet estaba muerto. Tan muerto como su cómplice.

Marcel cerró el sumario y se pasó una mano por los ojos. Luego, apartando lo leído, concentró su atención en las notas que había tomado.

Una llamada a la puerta le sacó de sus pensamientos. Instantes después, al abrir, se encontró con Doris.

—¿Tú a estas horas? —inquirió.

—No vivimos tan lejos el uno del otro —repuso ella—. Además, sólo son las diez y no tenía ninguna ganas de acostarme. ¿Te molesto?

—Sabes que no, Doris. Pasa. Tomaremos algo. Necesito despejarme un poco. He estado repasando todo esto. Pero creí que... habías acompañado a Henry.

—No... Le di una excusa. Le dije que tenía trabajo. Él tampoco insistió mucho. Creo que es mejor así, Marcel. Cada vez me cuesta más fingir lo que no siento. A veces pienso que Henry se ha dado cuenta de algo.

—Se lo diremos en cuanto termine todo esto.

—¿Crees que llegará a resolverse?

—Todo llega a resolverse...

—Pero él seguirá igual... Y lo sabe. Cuando le veo tan resignado a quedarse ciego para toda la vida —Doris lanzó un suspiro. Mostraba verdadera pena, o acaso amargura y desazón, como si en el fondo se sintiera culpable de algo.

Él se aproximó y la abrazó suavemente.

—Sé lo que sientes, pero es inútil que trates de luchar contra ti misma. No le quieres.

Las circunstancias se han mezclado para complicarlo todo.

—Temo que le ocurra algo...

—Haremos lo posible para que no sea así.

—¿Has hablado con el inspector Calvet?

Él asintió.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada en concreto. Anda completamente a oscuras. Le he propuesto tender una trampa al asesino.

—¿No será peligroso para él? —soltó la muchacha.

—Si se hacen las cosas tal como yo he planeado, no... No correrá ningún riesgo. Te lo aseguro.

—Dios te oiga —susurró ella.

CAPÍTULO X

Henry Ryan se había instalado ya en su casa en St. Cast, sobre el acantilado, y con la música de fondo del vaivén de las olas estrellándose sobre las rocas.

El profesor Salardu había accedido que la enfermera Ivonne le atendiera durante una temporada y para ello le dio permiso a condición de que Ivonne aceptara.

La enfermera no opuso reparo y aceptó aquel trabajo privado.

Henry, por su cuenta, contrató a una cocinera que además cuidara de la limpieza de la casa.

La edificación, rodeada de un muro que encerraba el pequeño jardín, estaba enclavada en un lugar tranquilo y alejado. Había que ir expresamente tomando un sendero a la izquierda de la serpenteante carretera que bordeaba la costa.

Calvet hizo las gestiones necesarias para que la casa permaneciese vigilada.

Hasta nueva orden existiría permanentemente un servicio que realizarían dos policías camuflados. Uno con aspecto de jardinero y otro desde unas rocas próximas vigilaría con la ayuda de unos prismáticos el sendero.

El asesino, por lo tanto, tendría que arriesgarse mucho para llegar hasta la casa.

En llegando la noche, Henry tenía instrucciones concretas del inspector Calvet.

—No abra a nadie, y si se trata de algún conocido, póngase en contacto primero con uno de los policías que guardarán la casa. Tome esto. Es de manejo fácil.

Y le dio un transmisor con el que podía estar en contacto permanente con sus vigilantes.

Henry había hecho el viaje con la enfermera, el chófer del taxi que le llevó hasta su morada y que no era tal chófer sino un policía,

y además fue seguido desde su salida de la clínica por otro coche aparentemente particular pero ocupado por otro par de agentes.

Mejor protegido no podía estar.

No ocurrió nada.

El día siguiente discurrió plácido. La enfermera Ivonne se aprestó a acompañarle cuando Henry quiso salir a estirar las piernas, pero el invidente rechazó suavemente:

—No pienso moverme de mi jardín y quiero acostumbrarme a andar solo. Debo familiarizarme con todo lo que me rodea aunque no pueda verlo... Usted venga detrás por si... por si sigo tan torpe como hasta ahora.

Ivonne asintió en silencio y Henry dio su primer paseo.

Primero tenía que bajar los siete peldaños de la escalera que daban acceso a la entrada principal de la villa.

Lo hizo solo, con mucha cautela y ayudándose siempre con el bastón.

Luego tanteó el terreno un tanto desigual, bordeando la rocalla de los parterres de las flores.

El falso jardinero le saludó.

—Buenos días, señor Ryan. Soy el agente Nabel.

—Me alegra oír su voz, señor Nabel. Estoy intentando dar un paseo.

Nabel era un hombre joven que vestía como un campesino. Miró a la hermosa Ivonne que seguía al ciego a distancia. No cruzaron ninguna palabra.

Henry se alejó bordeando la casa. Más allá, por la parte donde podía verse el mar, se abría la enorme terraza de la finca. Henry llegó hasta debajo de esa terraza donde un sendero conducía hacia las rocas que formaban un mirador.

Dudó en seguir adelante.

—Tenga cuidado, por ahí es peligroso —dijo la voz de Ivonne a su espalda.

—No me deja, ¿eh? —sonrió Henry.

—¿Quiere que me ponga a su lado?

—No. Aún no... Quiero llegar hasta el mirador. Necesito contar los pasos que hay. Dígame únicamente cuándo debo detenerme.

Ella asintió y Henry comenzó a andar con cierta soltura lo que le valió un par de tropezones que estuvieron a punto de mandarle al

suelo.

—¡Ya basta! —dijo la enfermera cuando el ciego había llegado cerca de las rocas protectoras que tanteó con su bastón.

—Veinte pasos. No está mal por ser la primera vez... Otra vez intentaré no tropezar —y luego, cambiando de tema, pareció que mirara al mar.

—Está movido. Es bonito ver el agua chocando con las rocas... Hay unos treinta metros de altura. Eso lo recuerdo.

Ivonne se colocó a su lado y le observó unos momentos. Henry sonrió estúpidamente.

—¿Verdad que es bonito, señorita?

—Sí, señor Ryan... Es un espectáculo hermoso. Aunque supongo que habrá personas a las que les tenga sin cuidado.

—¿Y a usted? ¿Le gusta el mar?

Tras una breve pausa ella murmuró escuetamente.

—Sí. Me gusta.

—¿Qué le ocurre?

—Nada. No me ocurre nada.

—Parece triste.

—Es el día. Es un poco gris. Prefiero el sol.

—No disimule.

Ella guardó silencio.

—Supongo que me odia un poco.

—¿Yo?

—Sí, Ivonne. Sé que entre usted y Mercier existía algo...

Ella cortó rápida.

—Era un compañero.

—Usted le quería...

No hubo respuesta. Fue Henry quien prosiguió:

—Él ha muerto... Por mi culpa. Usted piensa eso.

Ante el persistente silencio de la enfermera, el invidente añadió, buscando su hombro para palmearla.

—Lo siento, Ivonne. Lo siento.

—Usted no tiene la culpa —repuso ella al fin.

El policía —jardinero— se había aproximado echando una ojeada para familiarizarse con lo que le rodeaba. Henry dio la vuelta y murmuró:

—Volvamos. Ayúdeme. Creo que me he excedido. Sobreestimo

mis fuerzas. Espero que no sea muy doloroso para usted tener que soportarme.

—¿Por qué dice eso? Estoy aquí para cuidarle.

—Gracias. Gracias —se apoyó en ella y anduvo tanteando con el bastón.

El policía les observó en silencio.

Sobre las rocas. Al otro lado del sendero, el otro vigilante oteaba el sendero y pudo ver perfectamente el coche que se desviaba para dirigirse hacia la casa.

Inmediatamente el policía pasó aviso a su compañero a través del transmisor.

—Es un «Peugeot» rojo, matrícula de París. Viene hacia aquí.

El «jardinero» cortó y llamó a Henry que estaba subiendo los peldaños de la entrada apoyado en Ivonne.

—Va a tener visita, señor Ryan. Un «Peugeot» rojo se dirige hacia la casa.

—¿Rojo? —Henry se volvió y sonrió—. No hay peligro, agente Nabel. Se trata de mi amigo Marcel Darc. Cuando esté con él, déjenos solos, Ivonne, por favor —añadió el invidente.

En efecto, cuando el coche apareció en la explanada tras haber traspuesto la puerta del muro, asomó Marcel. Venía solo.

Momentos más tarde el recién llegado se había reunido con Henry en el salón de la casa. El invidente insistió en servirle un *whisky*.

—¿O prefieres pernod?

—No. *Whisky* está bien, aunque es un poco temprano para beber, pero siempre entona.

—Me serviré uno para mí. Llevo ya un par de días aquí y esto hay que soportarlo como sea. Dime... ¿has hablado con Calvet? Estoy dispuesto a servir de cebo para esa trampa.

—Calvet no se decide de momento. Quiere dar tiempo... al tiempo.

—Bueno... aquí estoy bien protegido como habrás podido ver, pero yo confío más en ti... He estado pensando, ¿sabes?

—¿Y qué has pensado?

—En todo, desde el principio... En ese Driscoll del que hablaste... en el producto del robo que jamás se halló. Marcel le seguía atentamente.

—Escucha... dicen que a los ciegos se les desarrollan los otros sentidos. Para mí eso era sólo una frase; ahora, aunque parezca un contrasentido, creo que «veo mejor»...

—Sigue.

—Hay una tercera persona en todo esto, Marcel. Una tercera persona que no busca vengarse simplemente. ¿Me escuchas?

—Por supuesto.

—La venganza es un simple pretexto para desviar la atención.

—Entonces... —apuntó Marcel.

—Es el botín.

—¿Lo que robaron en la joyería?

—Que se sepa no ha aparecido y pienso que ese presunto vengador lo que de veras quiere es el botín.

—¿Y por qué crees que te amenaza?

—No lo sé, Marcel, pero es posible que Dubbonnet tuviera tiempo de esconder esas joyas en un lugar sin poderlo comunicar a su otro cómplice. Sea Driscoll o quien sea...

La puerta del salón, que permanecía cerrada por deseo de Henry, se entornó suavemente sin que sus goznes rechinaran.

Alguien escuchaba detrás.

El invidente prosiguió:

—Verás, quiero contarte algo que ocurrió el mismo día que tuve el accidente. Bueno... En realidad entonces no le di mucha importancia, y la verdad es que con todo lo que me ha pasado lo había casi olvidado, pero desde que empezaron a amenazarme, he estado pensando y... bueno, quizá juzgues que tengo demasiada fantasía o que el mismo estado en que me encuentro me hace imaginar cosas...

—Nada de eso, Henry. Dime lo que sea. Cualquier pista puede ser buena...

—Bien. Ahora estamos solos y es mejor. No quisiera que pudieran oírnos...

La puerta permanecía entreabierta. Marcel se volvió instintivamente, pero no vio nada que llamara particularmente su atención.

—Estamos solos, sí.

—No creo —siguió el invidente— que esto haya que decirlo a la policía. Repito que es muy trivial. Sólo deseo tu opinión y tu

ayuda...

—Puedes hablarme con toda confianza, Henry —repuso Marcel Darc interesado.

Y el ciego se dispuso a relatar algo que había ocurrido precisamente unas horas antes de ser el principal protagonista del accidente que le había privado de la vista.

CAPÍTULO XI

—Estaba citado con Doris —empezó Henry— y terminaba de arreglarme. Cuando me disponía a tomarme un *whisky* oí un ruido a través de la ventana del salón. De la única ventana que estaba abierta. Bueno. Pensé que rondaba por ahí el jardinero que arreglaba los parterres y no le di mucha importancia. Me tomé el *whisky* y cerré la ventana.

—¿Viste a alguien? —interrumpió Marcel.

—No. Ni siquiera me fijé. Palabra.

—Bueno, sigue.

—El caso es que salí y mientras estaba cerrando la puerta oí otra vez un ruido. Instintivamente me eché hacia un lado, y junto a mi cayó una de las macetas del estudio de arriba.

—¿Una maceta?

—Sí. Había unas cuantas. Ya sabes que todavía falta hacer algunas cosillas en la casa, y no me había preocupado del estudio. En realidad pensé utilizarlo como desván, pero el antiguo inquilino de la casa lo tenía como estudio. Por eso lo llamo estudio.

—¿Piensas que esa caída de la maceta no fue casual?

—Entonces ni siquiera pensé nada. No le di importancia.

—Pudo haberte matado si te da en la cabeza.

—Sí, sí... Incluso tuve un sobresalto, pero pensé simplemente que había sido un accidente.

—¿Y no subiste arriba?

Henry negó.

—Se me estaba haciendo tarde. No me gusta hacer esperar a la gente y menos a Doris.

—Te metiste en el coche y pisaste a fondo por esa condenada carretera —repuso Marcel.

—Yo siempre corro. Es decir. Siempre corría. Quizá ese día aceleré un poco más. Bueno. Nunca se me ocurrió pensarlo, pero

volvamos a lo que importa. Lo mío ya no tiene arreglo. Supongo que tenía que suceder —añadió en tono resignado.

—¿Qué puede tener eso que ver con el botín de las joyas?

—Espera, espera... aún no te lo he contado todo.

—Pues, adelante.

—Verás... En la parte de atrás de la casa, donde dejo el coche la mayor parte de las veces... bueno, quiero decir donde lo dejaba —rectificó para proseguir enseguida—. Ahí hay una especie de carbonera. Recuerdo perfectamente que la puerta estaba entornada.

—¿Y solía estar cerrada las otras veces?

—Pues no sé... El jardinero dejaba allí sus herramientas. Tenía carta blanca para entrar y salir, y a mí me daba igual que la carbonera estuviese abierta o cerrada. ¿Comprendes?

—Sí, sí, pero... allí podía haber alguien.

—Eso lo pienso ahora. Entonces nada podía hacerme sospechar que me estuvieran acechando. Además, no se oía ningún ruido...

—Si era una sola persona —terció Marcel— podía estar en el estudio. Luego echaré un vistazo.

—Sí. Te acompañaré, pero aún hay más.

—Vamos a ver.

—Espera... —Henry se levantó y tanteando con el bastón y con la mano llegó hacia un mueble auxiliar. Abrió un cajón y empezó a buscar, hasta que dio con algo que posteriormente mostró a Marcel.

Era en apariencia un trocito de vidrio que cuando Marcel lo tuvo en sus manos observó que estaba tallado como un diamante. Lo limpió con un pañuelo y mirándolo a contraluz observó el brillo azulado de las piezas de valor.

—¿Dónde lo encontraste?

—Cerca de la puerta. Aquel mismo día. Lo vi por el destello que producía. Por el sol, ¿sabes?

—Sí, sí...

—Bueno. Me incliné, lo recogí y no le di importancia. Jamás pensé que pudiera tener ningún valor, pero lo guardé y aún no sé por qué... Sin embargo, ahora...

—Creo que empiezo a comprenderte, Henry.

—Comprueba si eso es bueno. Si se trata de un diamante, es muy extraño que se hallara en el jardín de mi casa. ¿No te parece? Esas cosas no se pierden así como así, y ni mucho menos en una

casa que había estado abandonada.

—Lo guardaré y lo haré examinar —prometió Marcel, colocando la piedrecita entre los pliegues de un pañuelo que sacó del bolsillo.

Luego añadió:

—Veamos... Esto puede tener varias versiones... pero es...

—¡Absurdo! —exclamó Henry anticipándose a su amigo.

—Quizá sea ésa la palabra si piensas lo mismo que yo.

—Diré lo que pienso y tóname por loco.

—No, no. He descubierto cosas muy absurdas en mi vida. Dame tu versión.

—Es una fantasía, Marcel. Ya te lo he dicho, pero allá va...

Tras una pausa, Henry prosiguió:

—Tres individuos perpetran un atraco en una joyería. El destino me pone a mí de por medio. A mí y a un agente de la policía. El agente consigue matar a uno de ellos, y yo identifico al otro. En resumen, dos de los tres mueren y queda uno. Uno al que yo no pude ver, pero que «él» me pudo ver a mí.

—Sí, de acuerdo.

Henry continuó:

—Ese último cómplice consigue quedar fuera del alcance de la justicia, pero Dubbonnet, en el tiempo que media entre su huida y su posterior captura, tiene tiempo de esconder el botín...

—¿En tu casa precisamente?

—Por los periódicos se entera de mi nombre y de mi residencia y entonces se le ocurre el plan... Insisto en que es una fantasía pero...

—No, no —cortó Marcel—, quizá no tanto... Deja que yo continúe.

Y añadió:

—Dubbonnet madura un doble plan. Primero: al conocer tus señas decide utilizar tu casa como escondrijo de las joyas. Las buscarán en todas partes menos ahí. Un tanto rebuscado, pero no descabellado del todo.

—Recuerda que a Dubbonnet le cazaron cerca de St. Cast.

—Sí, sí. Veamos —y Marcel añadió como si expresara en voz alta sus pensamientos—: Pero Dubbonnet fue apresado bastante antes. El día que tú tuviste el accidente él ya había muerto. ¡Espera!

Y con una idea, Marcel continuó:

—Dubbonnet planea matarte para vengarse, pero al mismo

tiempo tu casa le da la idea y esconde las joyas en algún lugar, pero luego no tiene tiempo de recogerlas porque le cogen... Sin embargo, tiene tiempo de hablar con su cómplice... Tú has dicho que no, pero yo discrepo. Si es como tú piensas, Dubbonnet dijo a ese tercer hombre el lugar del escondrijo del botín, y ese día, el de tu accidente, el cómplice viene a buscar el botín y es posible que esté dispuesto hasta a matarte. Lo de la maceta le sale mal, pero sin duda ha visto cómo tú recogías ese brillante y eso le hace temer que puedas descubrir la verdad.

Tras una pausa, el propio Marcel añadió:

—Con el accidente las cosas cambian. Estás en peligro de muerte y tu enemigo permanece a la expectativa hasta que ve que te rehaces y entonces reaparece, pero... ¿por qué hacer tanta comedia? Se pone en evidencia. Fuerza a que tú deduzcas las cosas.

Le habría sido más fácil matarte amparándose en la impunidad.

—¡Porque no tiene las joyas, Marcel! No las debió encontrar cuando volvió a por ellas.

—Tuvo tiempo de volver mientras estuviste en la clínica.

—Estaba el jardinero y venía una mujer a limpiar.

—Pero la casa pasaba muchas horas sola. No...

—Aun así... No ha debido encontrarlas, Marcel. Si tuviera las joyas no perdería el tiempo tratando de vengarse. En cualquier caso, como tú dices, me habría matado sin anunciármelo.

—¿Y ese diamante? —terció Marcel.

—No sé... Es lo que me desconcierta, pero debe tener algo que ver.

—Bien, tendré que echar una buena mirada a la casa. Pero encontrar tesoros no ha sido nunca mi fuerte.

Marcel se volvió de pronto. La puerta acababa de cerrarse como si quien hubiese escuchado tras ella ya supiera bastante.

—¡Un momento! —susurró el amigo del invidente y caminó rápido hacia la puerta que abrió de golpe.

No había nadie.

Sin embargo, en la escalera resonaban los pasos de la enfermera.

—¡Ivonne! —llamó dirigiéndose hacia el rellano superior.

La enfermera se volvió a medio bajar. Miró fijamente a Marcel y preguntó:

—¿Desea algo?

—Estaba usted escuchando.

Con toda serenidad la muchacha repuso:

—Iba a preguntar al señor Ryan si podía ir un momento al pueblo. Oí que estaban hablando y no quise molestarles. A mí no me importa para nada lo que ustedes hablan.

—Bien, bien. Será mejor que vaya al pueblo.

—Eso es el señor Ryan quien debe decidirlo, ¿no?

Había un tono desafiante en su voz.

—Voy a hacerle compañía y me quedaré a almorzar, señorita. Yo le atenderé si necesita algo. Tómese el tiempo que necesite.

—¿Qué pasa, Marcel? —inquirió Henry asomando por la puerta. Marcel se volvió y murmuró:

—Nada. La señorita Ivonne necesita irse al pueblo. Le he dado permiso.

—¡Oh, sí! No vamos a necesitarla por ahora. ¿Verdad, Marcel?

Ivonne terminó de bajar la escalera. Luego Marcel se volvió hacia su amigo que preguntó:

—¿Qué ocurre? Estaba escuchando, ¿verdad?

—Creo que sí —murmuró Marcel, pensativo.

Henry, tras lanzar un suspiro, murmuró:

—Esa muchacha... Creo que me tiene antipatía... a causa de la muerte de Mercier.

CAPÍTULO XII

Marcel pasó el resto del día entre la carbonera y el desván. También registró el jardín y buscó en los puestos que le parecieron más idóneos, pero al final tuvo que desistir.

—Nada —murmuró dirigiéndose a Henry que le había acompañado a todas partes.

Ivonne, que ya había regresado —desde mediodía— a la casa, se mantuvo siempre alejada de la búsqueda de Marcel, pero a distancia observaba como si se sintiera intrigada.

En cuanto al agente de servicio en el jardín, no intervino en absoluto porque la búsqueda por parte de Marcel se hizo de forma discreta.

Al final, de noche ya, los dos amigos volvieron a reunirse en el salón principal. Tomaron sendos *whiskys* de los que repitieron. Y de nuevo a solas, Marcel comentó:

—Puede que todo haya sido imaginación tuya, pero sería muy significativo que ese pedazo de cristal que encontraste fuese un diamante auténtico y, o muy poco entenderé yo en piedras, o lo es...

—Es extraño todo esto —murmuró el ciego.

—Sí lo es. Pero todos los misterios parecen indescifrables cuando se plantean. Luego la solución viene a minimizarlos. A menudo resulta que la tinta invisible que buscamos es de una claridad asombrosa que podría verla hasta un...

Se detuvo al comprender que por decir una frase hecha iba a molestar a su amigo que se sonrió y concluyó la palabra.

—Podría verlos hasta un ciego. No te moleste decirlo. Lo soy...

Marcel cambió de tema sin apartarse de lo importante.

—¿Qué hay de Ivonne? Estaba escuchando.

—No lo sé. Era muy amiga de Mercier. Y a Mercier le mataron por mi culpa... Si yo hubiese estado en la habitación el muerto sería

yo y él viviría.

—Ella no puede reprochártelo. Mercier pudo defenderse.

—El asesino no le dio tiempo.

—¿Y ella...?

El ciego se encogió de hombros.

—Sin embargo, espía. ¿Por qué?

—Me tiene manía. Ya te lo he dicho.

Tras un silencio, Marcel murmuró:

—Bajo tu cama se encontró un pintalabios. ¿Estás enterado?

—Oí algo de eso —murmuró Henry.

—Era de oro. Llevaba unas iniciales M a D. Marcel a Doris —
opinó Calvet.

—¡Cuánta imaginación! —sonrió el ciego.

—Yo no lo perdí, ni jamás regalé un pintalabios a Doris.

—Por supuesto. Sería absurdo. Doris es mi novia.

Marcel apretó los puños. Hubiese querido gritar: «Doris no te pertenece. Es mía. Será mía. Ella me quiere a mí. Tú lo ignoras todo porque no eres más que un pobre ciego».

Sin embargo, guardó silencio. Guardó el secreto.

—Sí, claro.

El invidente murmuró:

—También Mercier tenía un nombre que empezaba con M. Max
Maximilian.

—¿Mercier? ¿El enfermero?

Henry asintió y añadió:

—Pudo haberlo perdido él. Quizá lo tenía destinado a alguna
chica...

—No tiene sentido. Mercier es la víctima. No el asesino.

—Quizá nos hayamos equivocado de sexo al buscar al asesino —
sonrió el ciego.

Marcel arqueó las cejas.

—¡Una mujer!

—Si perdió un pintalabios...

—Claro, pero...

—Recuerda que iba a librarse de un ciego. De mí. Yo podía
ofrecer poca resistencia. ¿No te parece?

—¿Ivonne? —inquirió Marcel.

—¡Oh, Marcel! ¡Y cómo diablos quieres que yo lo sepa!

—Pero si Mercier llevaba consigo el pintalabios destinado a una mujer cuyo nombre empieza con D...

—Ya te dije que todo es una fantasía... Lo del pintalabios no cuenta. Son las joyas. Sólo el dinero mueve a los asesinos. Me he equivocado, lo siento. Ha sido todo una fantasía.

—Quizá no, Henry... Quizá tu pensamiento haya sido más lúcido de lo que tú crees.

—No has encontrado nada...

—Eso no demuestra que el botín no esté cerca... Ese fingido accidente tuyo... me refiero a la maceta... los ruidos que oíste, todo debe tener una explicación.

—Sí, pero... No le digas nada a la policía, ¿eh? Me tomarían por un desequilibrado.

—¡Ivonne! —exclamó Marcel—. Ella es mi punto de partida.

—No te ensañes con ella. Es una buena chica. Me da pena. De veras.

—Bueno. Ahora tengo que irme. Eso quedará entre nosotros.

—De paso puedes ganarte una buena recompensa —repuso Henry—. La compañía de seguros da un tanto por ciento a quien recupere el botín de las joyas.

—No pienso en eso ahora —contestó Marcel.

—Bien, buena suerte. Sé que no vas a dejarme solo.

—Hasta pronto, Henry.

Marcel se dirigió hacia la puerta. El ciego interrumpió su marcha para aducir:

—¡Ah! Si ves a Doris esta noche... dile que... que sigo bien, y no le hables de nada de lo que te he dicho.

—¿Por qué crees que voy a ver a Doris?

El invidente adoptó un tono enfático al replicar:

—Bueno... Hay cosas que... En fin, tú eres mi amigo, y ninguna mujer va a oponerse a nuestra amistad.

—¡Henry!

—Sí, amigo. Ya te he dicho que un ciego a menudo «ve más».

—Henry, por favor...

—Anda, ve. Quiero que sepas que... «ocurra lo que ocurra» yo no voy a reprocharte nada... Y esto quiero que quede también entre los dos, ¿eh?

Con lo que acababa de decir, Henry Ryan parecía dar por

sentado que Marcel y Doris eran «algo más que amigos».

—¡Ve, hombre, ve! —insistió el ciego—. Yo me hago cargo de todo.

—Ya hablaremos en otra ocasión, Henry —fue la respuesta de Marcel antes de irse.

—Creo que lo sabe todo... O por lo menos lo sospecha —dijo Marcel a Doris.

Estaban sentados en el restaurante para cenar en el mismo St. Cast, a tres kilómetros de la casa de Henry. Marcel había contado a la muchacha las últimas palabras del ciego.

—Tal vez ha intentado sonsacarte —murmuró ella.

—También lo he pensado...

—Bueno. Es igual. También tendrá que enterarse de todos modos...

—Pero no así.

Ella se mostró nerviosa.

—Bueno. Vámonos. Ya me contarás el resto por el camino. Voy a arreglarme un poco.

—Escucha... te acompañaré a París si quieres, pero me gustaría quedarme aquí esta noche.

—¿Por qué?

—No sé... Temo que... pueda suceder algo.

—Pero si tiene la casa vigilada. ¡Tú mismo lo has dicho!

—Sí. Lo sé. Pero no sabría cómo explicártelo. Presiento algo...

—Bueno. En ese caso... puedo marcharme sola.

—Quédate en el hotel. Pediré una habitación.

—No. Eso no. Aquí precisamente...

—Una habitación únicamente para ti, Doris.

Ella dudó.

—Bueno —aceptó al fin—. De acuerdo. Yo misma la encargaré. Prefiero que la gente no haga comentarios. Compréndelo. Me han visto aquí con Henry. Y mientras él no sepa nada en concreto...

—Sí, sí, comprendo. Anda. Ve a arreglarte.

Doris dejó solo a Marcel, que se levantó para preguntar a un camarero dónde estaba el teléfono.

—Tiene una cabina al fondo. Allí —indicó el camarero.

El timbre del teléfono repiqueteó insistentemente en casa del

invidente.

—¿Quiere cogerlo usted, señorita Ivonne? —pidió Henry.

La enfermera acudió a la llamada y recibió del otro lado del hilo el susurro de una voz poco coherente.

—¿Cómo dice? —insistió.

—Deseo hablar con el señor Ryan. Es importante. ¿No me conoce? Soy Marcel Darc.

—Lo siento. No le he reconocido —murmuró la enfermera y enseguida anunció al ciego la llamada.

Henry tomó el auricular y permaneció a la escucha durante unos instantes. Cuando colgó dijo simplemente:

—¿Quiere darme mi gabardina? Tengo que salir y creo que el tiempo ha refrescado.

—¿Tiene que salir ahora? —preguntó ella.

—Sí. No haga preguntas.

—¿Pero... solo?

—Hay un policía bajo mi ventana. Le pediré que me acompañe. ¿Está satisfecha, Ivonne? ¡Oh! Perdone mi expresión. Estoy nervioso. Eso es todo. Mi gabardina, por favor. Está en la percha.

La enfermera obedeció sin despegar los labios. Ayudó a Henry a ponerse la prenda de abrigo y le abrió la puerta.

—¿Puede bajar sólo la escalera?

—No. Acompañeme, por favor, y no es necesario que me espere. Puede acostarse. Salió acompañado de la muchacha. El policía del jardín seguía en su puesto a pesar de la oscuridad.

—Por favor —pidió Henry—. Tengo que ir al pueblo. ¿Le importaría acompañarme?

—Mi deber es permanecer a su lado —replicó el agente—. Pero... ¿por qué tiene que ir?

—Tengo que entrevistarme con un amigo mío si no le importa.

—De acuerdo. Sacaré su coche.

—Gracias, agente. Muchas gracias.

Doris salió de la *toilette* después de haberse retocado el cabello y repintarse los labios.

—Estoy lista —dijo—. No es necesario que me acompañes. Pediré la habitación en el hotel yo solita. Pero tenemos tiempo aún. Tomemos una copa, ¿eh?

—Creí que no te gustaba beber.

—Me gusta estar a tu lado. Y no sé... Todo esto de Henry... Tengo un presentimiento.

—Yo también, querida... Pero ojalá ese presentimiento mutuo se incline por el lado bueno.

Pasaron al bar. Era un lugar discreto y escasamente concurrido. Ella misma eligió el lugar. Un camarero les atendió inmediatamente. Ella pidió coñac.

—Jamás lo tomaba antes, pero me he acostumbrado.

—Yo también quiero uno —pidió Marcel al camarero.

Desde donde estaban podía verse la calle, con las luces de los viejos faroles iluminando el exterior. Dentro el clima era ideal. Todo permanecía con una suave iluminación indirecta, invitaba al íntimo coloquio.

Entretanto...

Entretanto, Henry al lado del policía que conducía el coche se dirigía hacia el pueblo para reunirse con su amigo.

Pero... ¿era realmente Marcel quién había efectuado la llamada?

CAPÍTULO XIII

Los tres kilómetros que separaban la casa de Henry del centro del pueblo de St. Cast fueron recorridos, con la prudencia del policía en siete minutos.

Uno más tarde, el auto estaba detenido frente al bar del hotel restaurante donde se hallaban Marcel y Doris.

—Déjeme. Y aguarde aquí, por favor —pidió el ciego al agente que le había hecho de conductor.

La primera en verle entrar fue Doris que agrandó los ojos.

—¡Es Henry! —exclamó en voz baja.

Marcel se volvió.

—¿Qué estará haciendo aquí?

Le vieron avanzar hacia el mostrador y en el silencio del bar su voz llegó perfectamente hacia ellos cuando preguntó:

—Vengo a ver a un amigo. Se llama Marcel Darc. Señor Darc.

Marcel cambió una mirada con Doris. Ambos parecían preguntarse cómo demonios podía Henry saber que ambos estaban allí.

Marcel se levantó y llamó:

—¡Eh, Henry! Estoy aquí... —Y avanzó hacia él.

Doris se mostraba impaciente, pero Marcel le hizo un gesto recomendándole calma.

El ciego se aproximó a Marcel y murmuró:

—Bueno. Aquí estoy...

—Ya veo, Henry, pero no comprendo.

—¿Es que no me llamaste por teléfono? ¡Ah! Ya comprendo. No estás solo.

—Henry... Esto es absurdo...

—¿Absurdo? Hace diez minutos recibí tu llamada... ¿O acaso es confidencial? —Y al preguntar bajó el tono de su voz.

Marcel se encogió de hombros.

—No importa —murmuró—. De todos modos, Doris y yo queríamos hablar contigo.

—¡Ah! ¿Estás con ella? Bueno... Tanto mejor...

Marcel parecía confuso. Doris miraba atentamente a Henry. Fuera, tras los cristales del bar, asomaba el rostro del agente que había acompañado a Henry.

La situación, aun delante de un ciego, resultaba violenta para Marcel y para la muchacha.

Henry tomó asiento en la mesa y sonrió.

—¿Queríais hablarme los dos?

—Nadie te ha llamado, Henry —murmuró Marcel—. Pero puesto que estás aquí...

—Yo hablaré —interrumpió ella.

—¿Para decirme que estáis enamorados? —sonrió Henry—. Eso no hace falta. Ni me importa. De veras. Yo mismo hubiese liberado a Doris de su compromiso. En realidad nunca fue tal compromiso... Debisteis habérmelo dicho antes. Yo lo habría comprendido. Y os hubiese deseado felicidad... Bueno, de todos modos comprendo perfectamente vuestro proceder. Os daba pena. Eso es lo que me fastidia: dar pena. No me gusta inspirar compasión.

—¿Y has venido para esto?

—¡Oh, no! Ha sido tu llamada —insistió Henry.

—¿Mi llamada? Pero si yo no... ¡Yo no te he llamado! —repuso Marcel.

—No comprendo. Me han llamado. Hace diez minutos. Te lo he dicho.

Marcel cambió una nueva mirada con Doris.

—Es cierto. No te ha llamado.

—Pensaba volver a tu casa, Henry.

—Entonces. No lo entiendo. Ivonne ha recibido el recado. Pregúntaselo al agente que me ha acompañado. Ella se lo ha dicho antes de partir.

—¿Te han dado mi nombre, Henry? —preguntó Marcel.

—Eso ha dicho Ivonne.

—Pero tú... ¿Tú has hablado «conmigo»?

—Pues... sí...

—¡Yo no te he llamado, Henry!

—La verdad es que tu voz sonaba un poco confusa, pero esos

teléfonos de aquí suelen estropearse a menudo. Cuestión de la atmósfera. Dice que los arreglarán pronto... ¿De veras no me llamaste tú?

—¡No! —aseguró Marcel.

—Pues... han querido gastarme una broma. O acaso... —Henry quedó pensativo.

Marcel le interrumpió:

—¿Quién ha quedado en tu casa?

—Ivonne, por supuesto... Y el policía que vigila desde el otro lado con los prismáticos según me han dicho.

—No te muevas de aquí, Henry. Por algún motivo te han hecho salir...

—Empiezo a comprender...

—Iré a echar un vistazo.

—Muy bien hecho... Así me darás tiempo de que pueda hablar a solas con Doris... Si no tienes celos...

—Henry, por favor... Ésta es una cosa que...

—No te excuses, querido sinvergüenza. No me importa. Pero deseo hablar con ella. ¡Ah! Si vas a la casa no le digas nada al agente, ¿eh?

—No pensaba hacerlo —repuso Marcel.

—Ten cuidado, no obstante. Quizá esa llamada resuelva muchas cosas, pero no quisiera que te ocurriese nada a ti.

—No te preocupes.

—¡Sí! Toma... —Y Henry tendió a Marcel su transmisor—. Si necesitas ayuda, esto puede ponerte en contacto con el otro policía. Daría cualquier cosa para saber por qué demonios Ivonne ha querido quedarse sola.

—¿Ivonne? ¿Piensas que ha sido ella?

—Bueno... ella estaba en mi casa, pero puede estar en contacto con alguien.

Marcel asintió pensativo. ¿Qué se ocultaba detrás de aquella llamada?

Antes de irse preguntó:

—Henry... Cuando el que se ha hecho pasar por mí te ha citado... ¿Te ha dicho que me encontrarías precisamente aquí, donde estamos ahora? El ciego asintió.

—Sí. Me ha dado estas señas.

Marcel miró alrededor hasta clavar sus ojos en Doris.

—Alguien debe de haberme seguido —musitó.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

—Mientras estábamos cenando...

—No vayas, Marcel —pidió ella.

—Déjale —repuso el ciego—. Marcel sabe tener cuidado, ¿verdad?

La frase parecía tener un doble sentido. Quizá el ciego se refería a su tacto al no dar a conocer sus sentimientos hacia Doris. Pero no le increpó por ello.

—Por supuesto. Tendré cuidado —repuso.

—Te esperaré aquí. Y no te preocupes por el policía. Su trabajo consiste en vigilarme. Pues bien, que se gane lo que le pagan —y empleó un cierto tono de dureza al pronunciar las últimas palabras.

Marcel salió por la puerta del restaurante y se dirigió hacia el callejón contiguo donde había dejado estacionado su coche, pero apenas ocupó el asiento frente al volante, descubrió que algo fallaba en su motor.

La chispa era insuficiente para ponerlo en marcha, y el depósito de gasolina estaba prácticamente lleno.

Salió del auto después de varios intentos fallidos de ponerlo en marcha y levantó el capó.

Entendía algo, por eso no tardó en averiguar que los cables estaban desconectados. Y aquello no parecía una avería casual... Alguien debió de estar manipulando de modo intencionado.

Cerró el capó y trató de buscar un medio para llegar a la casa sin tener que dar explicaciones.

No era fácil encontrar taxis por las calles de St. Cast. Era necesario ir a la parada y a veces llamar por teléfono. Las distancias no eran largas y Marcel se apresuró a dirigirse al lugar donde se detenían los vehículos de servicio público. No había ninguno. Se retiraban pronto para cenar, luego volvían. Tuvo que llamar por teléfono. Aquello le hizo perder casi un cuarto de hora.

En un cuarto de hora pueden ocurrir muchas cosas, sobre todo si alguien ha calculado concienzudamente su tiempo. Su tiempo para... matar.

CAPÍTULO XIV

La casa de Henry Ryan podía divisarse perfectamente desde las rocas donde el policía provisto de unos prismáticos se hallaba oteando.

Su silueta se recortaba contra el suelo. Las luces exteriores de la villa se hallaban encendidas y alumbraban buena parte del sendero. Cualquier coche que entrara en él hubiera sido perfectamente detectable.

La luna era igualmente un magnífico aliado para el encargado de la vigilancia, el que sin embargo quedaba algo oculto.

Lo que no podía ver el policía que estaba en las rocas era el otro sendero oculto entre los setos de la carretera antes de llegar al recodo.

Desde allí, metiéndose entre la maleza, cualquier persona a pie podía entrar perfectamente en el jardín de la casa de Henry, arriesgándose —eso sí— a producirse algún rasguño en la piel o en la ropa.

En aquellos momentos y cuando aún Marcel estaba aguardando el taxi, una sombra se deslizaba por entre los brezos. Debía conocer bastante bien el lugar porque se movía con soltura y buscaba los sitios menos complicados para abrirse camino.

En un claro, los ojos de la silueta se posaron en la casa que podía ver perfectamente. Sólo le faltaba saltar unas cuantas piedras que eran los que señalaban el límite del terreno.

Luego la silueta avanzó hacia la parte trasera de la casa sin que nadie pudiera detectar su presencia.

En aquellos momentos, Marcel conseguía el taxi. El conductor se excusó diciéndole que estaba cenando.

—A estas horas nadie pide un servicio. Bueno. En cualquier caso si se trata de algo urgente está el número en la parada... ¿Dónde vamos, señor?

Marcel dio las señas al conductor, que por otra parte tampoco parecía tener mucha prisa.

La silueta que rondaba la casa de Henry cruzó la tapia de piedras con agilidad. No era muy alta. Sólo unos ochenta centímetros del suelo. Luego prosiguió.

La casa, a excepción de la luz que salía de las ventanas del salón, parecía desierta.

Dentro estaba Ivonne, pero no en el salón precisamente, sino que había entrado en el despacho del invidente y estaba curioseando unos apuntes.

Curiosear no hubiese sido la palabra adecuada para un detective, porque más bien «estaba buscando algo» y lo buscaba con avidez.

La silueta había llegado ya a la parte posterior y pegada a la pared avanzaba hacia la carbonera que se hallaba cerrada.

En la casa, Ivonne seguía buscando.

El taxi que conducía a Marcel únicamente llevaba recorrido el primero de los tres kilómetros que le separaban de su destino.

La silueta se había introducido en la carbonera. Separó unas viejas cajas y se abrió paso hacia un corredor disimulado donde aparecían algunas telarañas que, sin embargo, no llegaban a alcanzar su cuerpo que avanzaba hacia una corta escalinata.

En el despacho de Henry, Ivonne revolvía otro cajón, deseosa de encontrar algo.

El taxi estaba por el kilómetro y medio de su carrera.

—¿No puede correr más? —inquirió Marcel como si presintiera algo.

—Bueno. Esto no es una autopista —repuso el taxista poco amante de pisar a fondo.

La sombra de la carbonera había llegado ya al último peldaño de aquella escalera oculta.

Abrió la puerta con suma facilidad. Ningún cerrojo le impidió pasar al otro lado.

La sombra surgió en el oscuro paso que daba acceso a la cocina a través de una puerta disimulada con el papel de la pared. Cerró cuidadosamente sin que se notara su situación. Luego, sin necesidad de orientarse, avanzó por el corto corredor.

La casa estaba a oscuras. Por el fondo, sin embargo, allá donde

se encontraba el salón surgía una luz.

La silueta avanzó rápidamente sin hacer el menor ruido.

La luz procedía del resquicio de la entreabierta puerta del despacho.

El taxi llegaba ya al segundo kilómetro de su recorrido.

Ivonne había dejado de buscar. La moqueta que cubría el suelo de toda la casa le impedía oír las pisadas del intruso.

La sombra se dirigió hacia el *hall* tras observar la luz procedente del despacho.

Cerca de la puerta principal estaba el armario de los contadores eléctricos.

Ivonne hizo un gesto de impotencia. Sin duda no había encontrado lo que estaba buscando.

La silueta abrió el armario de los contadores.

El taxi enfilaba el último kilómetro de su recorrido ante la desesperación de Marcel que mentalmente ya se hallaba en el lugar, pero que todavía tenía que aguardar por lo menos un par de minutos más para plantarse en el jardín.

—Esta carretera es muy peligrosa... ¿Recuerda uno de los últimos accidentes? Un hombre saltó en esa curva que viene... En ésa... Su coche cayó estrellándose entre las rocas... Precisamente en la subida es el lado malo porque vamos de continuo por el borde del precipicio.

Marcel pensó que si Henry hubiese subido en vez de descender, posiblemente se hubiese estrellado también, pero en aquellos instantes no pensaba en el peligro y estaba convencido que con un poco más de gas la precaución habría sido la misma.

Ivonne cerró uno de los cajones en el instante que unas manos enguantadas cerraban el paso de la luz.

La enfermera ahogó un grito.

Todo había quedado a oscuras.

La sombra del intruso se reflejaba a duras penas a través de la ventana. Ya era del todo imposible identificarle.

Ivonne tanteaba el terreno para dirigirse hacia la puerta. La silueta difusa del intruso apareció de pronto en el umbral.

Más que verlo, la enfermera tuvo un presentimiento. La silueta se abalanzó sobre la muchacha que retrocedió.

El visitante nocturno consiguió asirla, pero el forcejeo de la

joven evitó que su enemigo pudiera retenerla.

Ivonne intentó gritar, pero sintió enseguida cómo una mano poderosa se posaba sobre su boca para impedir toda demanda de auxilio, que por otra parte hubiese resultado inútil dada la fuerza de su agresor.

En pocos segundos el intruso consiguió dominar a la muchacha, que enseguida notó unas poderosas manos en torno a su garganta.

—¡No! ¡No! —consiguió balbucir.

Su voz se ahogó por la presión de aquellas manazas enormes, poderosas, que apretaban, apretaban.

Ivonne lanzó una patada sobre las piernas de su desconocido enemigo...

—¡Suélte... me! —consiguió gritar.

El forcejeo continuaba cuando Marcel estaba recorriendo los últimos metros que le separaban del sendero que se introducía en la casa.

—¡Suélteme! —continuó la muchacha, que milagrosamente había conseguido desplazarse huyendo hacia la ventana que recortaba su silueta y permitía ver a la vez la de su agresor.

El taxi había llegado por fin al sendero de la casa.

—¡No! —gritó ella ante la presencia de su agresor, cuyas manos intentaban posarse una vez más sobre su garganta.

Rodaron los dos por el suelo en una lucha sorda... a muerte.

El taxi se había detenido ya frente a la casa y el policía situado en las rocas observó su presencia a través de los binoculares.

—¡No! —repitió Ivonne, sintiendo sobre sí el peso de quien estaba pretendiendo estrangularla.

Marcel saltó del vehículo haciendo caso omiso del chófer que pretendía seguir su conversación sobre los peligros de la carretera.

—¡Déjame en paz! —masculló el joven corriendo hacia la puerta principal de la casa.

—¡Pero oiga...! —gritó aún el taxista, mientras Marcel golpeaba ya en la entrada.

—¡Ivonne! ¡Ivonne!

Ivonne no podía contestar. Aquel par de fuertes manazas le privaban de la respiración.

Pataleaba. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Se estaba ahogando.

Marcel siguió golpeando.

—¡Agg...! ¡Aggg!

No. Ivonne no podía contestar.

Su agresor había escuchado perfectamente aquellos golpes. Dudó por unos instantes. Podía continuar su obra... o acaso... Sí, tal vez resultaba demasiado arriesgado.

Ivonne aprovechó aquellos instantes de vacilación para removerse, para zafarse del criminal acoso.

Su agresor, ante los insistentes golpes, la soltó. Tenía una ventana próxima para huir y la utilizó cuando ya Marcel, al darse cuenta de la inutilidad de su llamada, utilizó la breve cornisa para alcanzar una de las ventanas del salón que permanecía cerrada.

—¡Ivonne! —llamó nuevamente.

Al no recibir respuesta se lanzó contra los cristales, que con su peso se hicieron añicos y seguidamente pasó al interior.

Era ya tarde.

Había evitado un crimen, porque la enfermera seguía viva, aunque le costaba recobrar el ritmo respiratorio, pero la persona que estuvo a punto de asesinarla corría ya al otro lado del bajo muro de piedras, alejándose de la casa...

CAPÍTULO XV

El coche se alejó a gran velocidad carretera abajo. El policía, que había estado observando entre las rocas, había llegado corriendo cuando Marcel, a través del transmisor que le facilitó Henry, le estaba llamando.

—Le vi llegar a usted, pero a nadie más —dijo el representante de la ley.

Ahora la casa tenía las luces encendidas y la enfermera se hallaba sentada en el salón después de trasegar el *whisky* que le sirvió Marcel.

—No... No pude verle. Yo estaba en el despacho del señor Ryan... Había entrado para buscar un libro de su biblioteca —mintió—. De pronto se apagó la luz y me encontré con ese hombre... Bueno. Ni siquiera sé lo que era. Me atacó. Pretendió estrangularme.

Marcel cambió una mirada con el policía.

—Aquí no entró nadie. Al menos por el sendero...

—Debe de existir algún otro sitio por donde llegar hasta la casa —adujo Marcel.

Ivonne aún no se había recobrado por completo. Estaba asustada aún, pálida.

—Intentó matarme —repitió.

—Y esta vez no hay error. Trataron de matarla a usted, Ivonne —murmuró Marcel, mirando atentamente a la enfermera.

—¿Qué quiere decir? —inquirió ella.

—Una llamada telefónica obligó a Henry a salir de la casa. Quien hizo esa llamada se aseguró bien, porque sabía que con Henry se iría también uno de los policías y usted quedaría prácticamente sola... sobre todo admitiendo que existe otro medio para meterse en el recinto sin necesidad de utilizar el sendero principal que está perfectamente vigilado.

Ivonne no hizo el menor comentario. Sus ojos se agrandaron más aún. El policía murmuró:

—Cuando venía hacia aquí vi pasar un coche, pero... —se interrumpió—. Cayó en la cuenta de que el automóvil en vez de haber seguido la ruta pudo aparecer de algún lugar cercano y se precipitó hacia la salida.

—¡No se vayan! Voy a comprobar algo —dijo desapareciendo.

Quedaron a solas Marcel y la enfermera. Él acudió a cerrar la puerta. Se cercioró de que el policía utilizando una motocicleta se dirigía por el sendero hacia la carretera.

Marcel se volvió hacia la enfermera. Clavándole los ojos le preguntó:

—¿Qué estaba buscando aquí, señorita Ivonne?

—Nada. No buscaba nada —repuso ella secamente.

—No me refiero en el salón, sino en el despacho de Henry Ryan.

—¡Un libro, ya lo he dicho! ¿Qué pretende? Oiga... Usted no tiene ninguna autoridad para interrogarme. ¡Déjeme en paz!

Marcel avanzó hacia ella, que le miró con ojos extraños.

—Usted reconoció al que pretendía matarla... ¡Vamos! ¿Quién era?

—¿Qué está diciendo?

—Basta ya de fingimientos. Esta mañana estuvo escuchando mi conversación con Henry... No lo niegue.

—¡Basta! Eso digo yo... —repuso ella, poniéndose en pie, luego añadió—: He estado a punto de morir a manos de un desconocido... ¿De qué demonios quiere acusarme?

—Usted es la cómplice de Dubbonnet. La tercera persona, la que tenía el motor en marcha del coche. Esto lo sabemos usted y yo. Sólo me falta poder probarlo...

—¡Está loco! Ni siquiera sé de qué me habla.

—Eran tres, Ivonne. Dos de ellos murieron, pero falta el tercero... Me estoy refiriendo al robo de la joyería. Lo sabe perfectamente... Y es mejor que hable conmigo antes de que cuente mis sospechas a la policía.

Ivonne guardó silencio.

Ninguno de los dos parecía darse cuenta de la cinta magnética que en un hueco de la pared estaba registrando la conversación. Una cinta colocada en un aparato hábilmente camuflado.

Y la cinta rodaba impresionando aquella extraña conversación en la que Marcel parecía estar plenamente convencido de las acusaciones que dirigía a su interlocutora.

—Váyase. Déjeme en paz... Yo no tengo nada que ver con ese robo a la joyería.

—Sí, Ivonne. Y además tiene otro cómplice... ¿Formaba parte del plan o surgió después? ¿Es un amigo suyo? ¡Vamos, Ivonne! Hable claro. Está cogida y usted lo sabe...

—¡Han intentado matarme!

—Fue su cómplice.

—¡No!

—Tuvo que ser él. Sacó a Henry Ryan de la casa... Sabía que yo estaba fuera también... ¡Vamos, Ivonne!

Ella guardó silencio. El rugir del motor de la motocicleta del policía anunciando su regreso les interrumpió.

—Está bien, Ivonne. Ahora ya sabe que estoy detrás de usted... Cualquier paso en falso la hará caer. Soy de los que tienen paciencia... Le convendría mejor hablar. Créame.

—No tengo nada que decir, señor Darc.

El rugir de la motocicleta cesó. El policía había regresado y entraba nuevamente en la casa.

—¡He descubierto unas huellas! —dijo el agente—. ¡En la curva! Un coche se metió por un camino sin salida, pero debió detenerse allí. Alguien entró por entre las malezas. Yo no podía verlo.

Marcel se limitó a murmurar:

—Bien. Tanto usted como yo hemos llegado demasiado tarde. Avise a su compañero, por favor.

—Ya le he llamado. Está en el pueblo esperando al señor Ryan. No puede volver sin él.

—Sí, claro... El presunto asesino debió calcularlo todo muy bien... Demasiado bien —y cambió una mirada con Ivonne.

La enfermera se volvió hacia el bar y comentó:

—Me apetece otro *whisky*. Lo necesito.

CAPÍTULO XVI

Henry Ryan avanzó apoyándose en su bastón hasta su mesa de despacho. Tras él estaba Doris y más al fondo Ivonne, Marcel y los dos policías.

—¿Buscaba usted un libro, señorita Ivonne? —inquirió el ciego.

—Así es. Pensé que no le molestaría.

—¡No, no, en absoluto! —repuso Henry—. Sólo quería saber si ese... esa persona... la atacó aquí precisamente.

Ivonne asintió.

—¿Cree que pudo haberla confundido conmigo?

—No. Creo que no —admitió ella.

—Las preguntas las haremos nosotros, señor Ryan —intervino el policía, que le había servido de conductor.

—Un momento, agente... Tengo derecho a saber lo que se trama a mi alrededor. Y esta señorita... —señaló hacia la enfermera, aunque Ivonne ya no estaba a su lado— está a mi servicio. En cierto modo soy responsable de ella.

—Es al revés, señor Ryan. Soy yo la responsable de usted —repuso ella en tono agresivo.

—Más o menos sabemos lo ocurrido, señor Ryan —atajó el policía que le había llevado y devuelto del pueblo—. Déjenos a solas con la señorita Ivonne, por favor. Usted puede quedarse, señor Darc.

Henry aceptó.

—Bien... Pero todo esto es perder el tiempo. El asesino ha venido a mi propia casa, la protección no ha servido de mucho. Y yo no tengo ojos como la señorita Ivonne para ver de dónde procede el peligro.

—Yo no me moví de su lado, señor Ryan —adujo el policía—. Estuve junto al bar. No hubiesen podido causarle ningún daño.

—Sí. Tiene razón. Perdone. Estoy un poco nervioso.

Marcel palmeó los hombros del ciego cuando éste abandonaba la habitación.

Quedaron a solas los dos policías junto a Ivonne y Marcel.

El agente que había acompañado a Henry tomó la palabra.

—Bien, quiero que la señorita me explique exactamente todo lo ocurrido.

—¿Otra vez? —protestó Ivonne.

—Sí, perdone. Es necesario. Debo entregar un informe completo al inspector Calvet. Mientras ella se disponía a repetir nuevamente la forma en que se produjo el ataque, Henry buscaba el *whisky* en el bar del salón.

—¿Quieres? —preguntó a Doris.

—Sí. Creo que no me vendrá mal.

Marcel reapareció al cabo de un rato.

—¿Crees que esos aficionados averiguarán algo? —inquirió Henry.

—No les menosprecies. Ellos cumplen con su deber.

—Un deber que no ha impedido que un asesino se colara en mi casa —rezongó Henry.

—Cálmate. Esta vez no iban a por ti.

—¿Qué deduces de todo esto? —inquirió Doris.

—No lo sé. De veras. No lo sé.

—Yo sí que lo sé. Ivonne tiene otro cómplice y se han discutido. ¡Eso es lo que ocurre! —espetó Henry.

—Tendremos que hablar con Calvet, Henry —adujo Marcel—. Esto se va complicando.

—¿Quieres contarle todo lo que te expliqué?

—Bueno... quizá sea necesario.

—¡Ojalá no te hubiese dicho nada! ¡Oh, cielos! Si pudiera ver... Yo sabría a qué atenerme. Ahora me parece que no puedo fiarme de nadie.

Marcel lanzó un suspiro y cambió una mirada con la muchacha. Henry debió comprender porque enseguida se apresuró a rectificar, o cuanto menos a suavizar la situación:

—Bueno. No lo digo por lo tuyo con Doris. He estado hablando con ella un buen rato, hasta que el policía entró para informarnos de lo ocurrido... Me hago cargo. En realidad... ya te lo dije antes, me alegro de que ella y tú os entendáis. Yo no quiero compasión y

como le tengo afecto deseo que sea feliz... Pero esto no impide que tenga los nervios en vilo. Me encuentro solo, Marcel. Solo... —Y tanteó con el bastón yendo de un lado a otro.

Doris intervino para calmar los ánimos:

—Voy a quedarme aquí esta noche. Te haremos compañía.

—No necesito vuestra maldita compasión —rugió Henry.

En aquel momento surgieron los dos policías.

—¿Qué ocurre? —inquirió el que había acompañado a Henry.

—Nada, nada —se apresuró a replicar Marcel—. Discutíamos cosas sin importancia.

—Quiero quedarme solo. Eso es todo. Solo. Completamente solo. Vigilen la casa si quieren. Voy a encerrarme con llave. Esto es una fortaleza y me sentiré seguro. Díganle a Ivonne que puede marcharse. Ustedes quédense si quieren, pero fuera. ¿Me han entendido? Díganselo a Calvet. ¡Quiero estar solo!

Todos los reunidos se miraron entre sí. Ivonne rompió el silencio para aducir:

—Por mí, encantada. Me iré. Hablaré con el profesor Salardu mañana por la mañana. Si quieren reemplazarme, tanto mejor.

—No necesito a ninguna enfermera —protestó el invidente.

Marcel llamó aparte al policía y musitó en voz baja para que su amigo no pudiera oírle.

—Yo hablaré con Calvet. Creo que podemos dejarle. Si vigilamos todos nadie entrará. Eso es seguro.

—Ya han entrado una vez. La enfermera asegura que la puerta estaba bien cerrada.

—¿La carbonera también? —inquirió Marcel.

Y con una seña el joven indicó al agente que le siguiera. Una vez en el jardín le dijo:

—Venga por aquí... Esta mañana, como usted recordará perfectamente, estuve recorriendo la casa y descubrí algo. ¿Tiene una linterna?

—Por supuesto —adujo el agente.

Marcel, con la linterna en la mano, entró en la carbonera. La puerta estaba cerrada, pero sin el cerrojo puesto. Bastaba empujar.

El haz de luz de la linterna que portaba Marcel iluminó el interior de la estancia.

Marcel, siempre delante, pasó por entre los cachivaches hasta

llegar al pie de la escalera.

—¿Una entrada secreta? —inquirió el policía.

—Sí. Y conduce cerca de la cocina. Repito que lo he descubierto esta mañana. Vea.

Avanzó de nuevo hasta la puerta, empujó pero la puerta no cedió.

—La han cerrado —murmuró Marcel.

—Entonces... han entrado por aquí.

—Eso es evidente y seguramente han salido por la ventana del despacho. ¿Recuerda que estaba entreabierta?

El policía asintió.

—Bien, agente. Como puede ver, esa puerta no tiene cerradura por el lado de acá. Nadie puede abrirla, a menos que tenga algún resorte especial. En cualquier caso bastará con montar guardia cerca de ella... Por si acaso. Si alguien pretende entrar no podrá hacerlo.

Cuando salieron el agente miró alrededor.

—Es extraño que mi compañero no viese nada...

—Desde las rocas es imposible. Vea... Según parece el presunto asesino llegó por aquí —y Marcel señaló el borroso sendero que entre berzas llegaba al claro donde el desconocido había aparcado el auto en el que llegó para atacar a la enfermera.

—Bien... Supongamos que accedo a quedarme aquí. ¿Usted qué piensa hacer?

—De momento nada. Acompañar a Doris a un hotel.

—¿Y la enfermera?

—Pues... Déjela que se vaya. Está muy excitada.

—No. No puedo. Lo siento. Calvet prometió venir. Querrá hacerle algunas preguntas. Usted acompañe a la señorita Doris si quiere. La enfermera tiene que quedarse.

—Está bien —admitió Marcel.

El coche de Doris sirvió para que Marcel la acompañara.

—Tendrás que prestármelo —dijo ya de camino hacia el pueblo —. Alguien averió el mío a propósito.

—¿A propósito? —inquirió ella extrañada.

—Sí. Y sin duda lo hicieron para retrasar mi llegada a la villa de Henry.

—¿Por qué?

—Esto es algo muy premeditado, Doris... Intentaban matar a

Ivonne.

—Pero... ¿por qué?

—Ya has oído a Henry. Un posible cómplice de la muchacha. Ve enemigos por todas partes.

—Pero a ella le atacaron... ¿O es que no lo crees? —preguntó Doris.

—Sí, Doris, sí lo creo. Estoy seguro.

—Entonces... No te entiendo. ¿Por qué no me cuentas todas sus sospechas?

—No tengo ninguna sospecha, querida. En todo caso son ideas...

—Dímelas.

—A veces, querida Doris, es conveniente no saber demasiado.

—Nunca habías estado tan misterioso. ¿Qué te pasa?

Marcel detuvo el coche y miró fijamente a Doris.

—Estoy muy cerca de la verdad. Eso es lo que ocurre, pero temo que... algo pueda fallar, por eso prefiero ser cauto.

—¿Tan importante es lo que has descubierto? —inquirió ella.

—Mucho, Doris. Tanto que... en cuanto te deje me iré a Fontainebleu. A la clínica.

—¿A la clínica... donde estuvo Henry?

—Exacto.

—Pero... ¿qué hay allí?

—Ya lo sabrás cuando regrese —y sin más comentarios, Marcel puso nuevamente el coche en marcha.

CAPÍTULO XVII

Era ya medianoche cuando el inspector Calvet abandonaba la casa de Henry dando instrucciones a sus hombres.

Todas las puertas habían sido convenientemente cerradas y Henry quedó solo dentro, pero con la casa debidamente custodiada.

Ivonne, la enfermera, salió para el pueblo para pasar la noche en un hotel y lo hizo en el coche de Henry, que se lo cedió con tal de quedarse solo.

A solas por completo, el invidente se aproximó al hueco donde estaba camuflado el pequeño magnetofón y lo tomó en sus manos. Buscó una butaca y se sentó.

El aparato disponía de un mecanismo para su cierre automático. La cinta estaba totalmente pasada y Henry le dio la vuelta para ponerla al principio de la grabación.

Tras unos momentos de silencio, la reproductora dejó oír unos jadeos. Era el momento en que el desconocido estaba atacando a Ivonne.

A través de la cinta llegaban las pocas palabras que la enfermera pronunció durante el forcejeo. Luego se reprodujeron también los golpes en la puerta y los ahogados gritos de Marcel al llegar a la casa.

Otros ruidos y un largo silencio que mereció toda la atención del invidente.

Nuevamente volvieron las voces para reproducir el diálogo sostenido entre Marcel e Ivonne, cuando el primero la acusaba:

«—Váyase. Yo no tengo nada que ver con ese robo a la joyería».

«—Sí, Ivonne... Y además tiene otro cómplice... ¿Formaba parte del plan o surgió después...?»

La conversación quedó reproducida por completo. Henry volvió a escucharla de nuevo y luego se dirigió al teléfono. También allí tenía adosado uno de los aparatos apropiados para registrar las

llamadas.

La reproducción que escuchó el invidente fue de la llamada que atendió la propia Ivonne, cuando una vez visiblemente disimulada dijo ser Marcel.

La reproductora dejó oír aquel susurro cuando se dirigía a Henry.

—*Ven. Es importante. Hazte acompañar por el policía...* —Esto era lo que había dicho la voz.

Henry cerró el contacto y volvió a su butaca. Allí quedó pensativo, como si por su cuenta también hubiese llegado a una conclusión importante.

Cuando Marcel hubo dejado a Doris en el hotel se metió en el bar, cuyo encargado estaba a punto de cerrar.

—Es tarde —gruñó el hombre.

—Espero a un amigo. No tardará —repuso Marcel.

Quien no tardó demasiado fue Ivonne. Marcel la vio salir del coche y entrar en la puerta del hotel.

Luego apareció el inspector Calvet. Marcel pagó su consumición y salió a la calle.

—Temo que tendremos que hablar en su coche, Calvet. Quieren cerrar el bar.

—De acuerdo, señor Darc, mejor aquí. Y yo también deseo acostarme. Así que suelte todo lo que tenga que decirme.

—Primero dígame usted qué hay de Poldie, el interno...

—Bueno, en todas las profesiones surgen garbanzos negros. Poldie es un drogadicto. Lo hemos comprobado. Va detrás de las drogas. Por eso estaba en la habitación de repuestos de la clínica. Se había inyectado y ello le mermó facultades. Podemos creerle si asegura que no vio a la persona que entró por la comisa y le golpeó. Así que... queda descartado. ¿Satisfecho?

—Por completo, Calvet, y o mucho me equivoco o el asesino esta noche volverá a asomar las narices. Lo que falta saber es dónde aparecerá esta vez.

Y Marcel siguió dialogando con Calvet a quien manifestó sus sospechas.

Poco después y desde la ventana de la habitación, que había alquilado en el hotel, Ivonne observó cómo el auto donde habían

estado hablando los dos hombres se alejaba, tomando el rumbo de la carretera, pero en dirección a París.

Doris corrió la persiana en aquellos instantes. Se había quitado el vestido para estar más cómoda y sin decidirse a meterse en la cama se sentó en una butaca y encendió un cigarrillo.

Doris también se hallaba desvelada. Se acercó de nuevo a la ventana y retiró ligeramente la cortina que la cubría. Miró hacia la calle. Estaba desierta.

Aparentemente, la pequeña población marinera dormía en paz, pero desde algún lugar unos binóculos estaban clavados precisamente en aquella ventana.

La persona que estaba tras los prismáticos se retiró de su punto de observación para dirigirse hacia donde guardaba un transmisor portátil. Lo tomó y estableció contacto con alguien.

—Atención. Soy el inspector Calvet... —empezó.

Sí. Efectivamente, era Calvet quién permanecía en algún lugar donde podía mantener vigilado el hotel.

Todo parecía indicar que aquella noche iba a ocurrir algo.

Eran las tres de la madrugada cuando el profesor Salardu, de la clínica oftalmológica de Fontainebleu, detuvo su coche frente al hotel donde se hospedaban Doris e Ivonne. Miró a su alrededor después de salir del auto y decidió avanzar unos cuantos metros hasta la esquina. Allí dejó definitivamente el vehículo. Salió de él con un maletín de mano y se dirigió a la puerta del hotel. La empujó y se metió dentro. El portero de noche dormitaba tras el mostrador. Salardu miró en el llavero y buscó una llave. Correspondía a una habitación del primer piso.

Subió sin hacer ruido hasta llegar al cuarto número 12. Abrió y entró, cerrando seguidamente la puerta. Apenas veinte minutos más tarde una sombra se deslizaba por la escalera de incendios de la parte posterior del hotel.

Del primer piso alcanzó el segundo. Era el que ocupaban Doris e Ivonne, en habitaciones distintas.

La silueta, al llegar al corredor a través de la ventana que comunicaba con la escalera de emergencia, se detuvo unos instantes para escuchar en el silencio.

Luego siguió su camino hasta detenerse sigilosamente junto a la puerta tras la cual dormía la enfermera.

Puso su enguantada mano en el pomo y como no cedió utilizó un alambre grueso, retorcido a modo de ganzúa.

Al cabo de medio minuto se escuchó un chasquido. La cerradura había quedado suelta.

La sombra penetró en la habitación.

CAPÍTULO XVIII

En la cama se dibujaba perfectamente la silueta de Ivonne cubierta por las sábanas.

El intruso se aproximó con cautela y se inclinó hacia ella.

—Ivonne —susurró con voz irreconocible—. No te muevas. No grites. Podría matarte. Te lo demostré esta tarde. Fue solo para asustarte. Te verás libre de mí en cuanto me digas dónde escondes las joyas... ¡Vamos, Ivonne! Habla antes de que se me agote la paciencia.

Ante el mutismo de la muchacha, el intruso esgrimió un cuchillo. Un estilete o algo parecido. Al propio tiempo tiraba con fuerza del cubrecama a tiempo para descubrir en la penumbra que allí sólo había un par de almohadas que previamente habían sido arregladas.

—¡Quieto! —exclamó entonces una voz, al tiempo que una mano buscaba el conmutador de la luz.

La reacción del intruso fue fulminante. Arrojó el estilete y el que estaba en la habitación lanzó un grito al verse alcanzado en una mano.

El intruso se abalanzó sobre él envolviéndole con el mismo cubrecama, aprovechando que el otro había vacilado por la herida.

No obstante, hubo una breve lucha con ventaja para el intruso que ante el temor de poder ser descubierto optó por abandonar la estancia y huir.

El que había intentado luchar contra el presunto asesino abrió la luz. Era un agente a las órdenes de Calvet que comunicó enseguida la noticia.

—Le tenía en mis manos, señor. Lo siento... Se me ha escapado.

Pronto de diferentes sitios surgieron otros agentes, buscando al fugitivo que bajaba rápidamente por la escalera de incendios hasta introducirse en el primer piso.

Calvet seguía la operación con unos prismáticos desde la habitación de un edificio cercano.

Hasta seis hombres se habían movilizado tratando de encontrar el fugitivo.

—Tiene que haber salido por la escalera de incendios —decía uno.

—¡Aquí no está!

—Pues tiene que estar en el hotel. Habrá que registrar habitación por habitación.

Calvet llegó momentos después echando chispas.

—¿Qué diablos han estado haciendo? Seis hombres esperando esto y el asesino se les escapa de entre las manos.

—No ha salido del hotel, señor —indicó uno de los agentes—. Si nos da su permiso lo registraremos.

—No es necesario armar tanto ruido. Tengo la lista completa de todos los clientes y también del personal —repuso Calvet.

—¿Y qué hay de ese cliente que ha llegado a las tres de la madrugada?

—¿Cómo? —preguntó el jefe.

—Sí, señor. Lo he visto, y esto me ha hecho entrar en sospechas. Está en la habitación número 12. Vi cómo cogía la llave. Eso me entretuvo, señor.

—Bien, debe ser uno de los que están en la lista. Lo consultaré —pero Calvet al comprobar sus apuntes vio que no tenía anotado ningún cliente en la 12, ni nadie con el nombre de profesor Salardu.

El agente mostró luego el automóvil del huésped y Calvet, rascándose la cabeza, murmuró:

—Yo he visto antes este coche... Matrícula de París... Veamos si... ¡Claro! Es del profesor Salardu... ¡Salardu! —repitió pensativo.

Los dos policías encargados de la custodia de la casa de Henry seguían en sus puestos.

El invidente no debía tener sueño, porque más de una vez vieron su silueta reflejada a través de las opacas cortinas de los ventanales del salón.

—¡Con lo bien que estaría yo en la cama! —rezongó uno de los guardianes—. ¡Y mírale a él!

—No le envidies. Además de ciego está en peligro de muerte.

El que había hablado primero cambió una mirada con su

compañero y se encogió de hombros.

—No entiendo nada de este asunto, palabra.

—Ni yo. Pero ya conoces las instrucciones.

En la calle junto al hotel, Calvet comentaba con uno de sus hombres:

—Marcel no iba equivocado. El asesino ha vuelto, y hemos perdido una magnífica oportunidad.

—Pero... ¿quién es esa persona?

—Uno de los cómplices del atraco a la joyería.

—¿Y qué pinta en todo esto la enfermera Ivonne?

—Bastante más de lo que aparenta. A propósito. ¿Dónde está? Si no duerme me gustaría hablar con ella.

—Ocupa una de las habitaciones particulares del hotel. Iré a ver.

El agente entró en busca de Ivonne, pero regresó enseguida con la sorpresa reflejada en su rostro.

—No está.

—¿Cómo que no está?

—El portero dijo que había salido por la puerta del bar.

—Alguien debe haberla visto.

Otro de los agentes se aproximó para informar.

—La enfermera salió, señor. La vi subir a un coche.

—Pero... ¿por qué no se lo impidió?

—Usted no dio ninguna orden en este sentido.

—Porque no esperaba que se largara... ¡Y creo que ya sé dónde ha ido! —Corrió hacia el coche y llamó a uno de los hombres:

—Venga conmigo, Laird, y los demás que sigan en el hotel. Interroguen a cualquier sospechoso, aunque imagino que ya no hará falta...

CAPÍTULO XIX

El auto se detuvo pasada ya la casa y más allá de la curva donde no era posible llamar la atención.

Ivonne descendió del vehículo y corrió por la ladera como si se dirigiese a la pequeña cala cuyas aguas cabrilleaban al fondo.

Empleó sólo un par de minutos en dar el rodeo y situarse muy cerca del mirador de la casa de Henry. Tenía que cruzar por un sitio muy peligroso, pero era el único por donde podía pasar inadvertida por los policías que vigilaban la casa.

Con gran sigilo y casi pegada al suelo logró avanzar unos cuantos metros en dirección a la parte trasera, donde estaba la puerta de la carbonera.

En aquel momento sonó la voz de Calvet a través de uno de los transmisores de los agentes, uno de los cuales, tras captar el mensaje, se dirigió al otro para decir:

—Hay que vigilar un automóvil. La enfermera va en él. Ve a la carretera, yo me quedo aquí. Y no dejes pasar a la chica bajo ningún pretexto.

—Está bien.

El agente que se quedó en la casa avanzó unos metros. Aquello representó un alivio para Ivonne, que así consiguió llegar hasta la puerta de la carbonera.

Empujó y se metió dentro para cerrar de nuevo sin que el agente se apercibiera de ello. Ivonne siguió el mismo camino que había seguido el hombre que la atacó la tarde anterior.

Encontró cerrada la puerta y tanteando en la pared halló el resorte que la abría. Entró en la casa, abrió su bolso del que extrajo un pequeño revólver, y avanzó esgrimiendo el arma. Vio luz en el despacho de Henry y hacia allí se dirigió.

Encontró el despacho vacío a pesar de la luz encendida. Luego escuchó la voz del invidente desde lo alto de la escalera.

—¿Quién anda ahí?

Ivonne se revolvió y avanzó hacia el salón.

Henry había empezado a descender los peldaños.

—¿Quién es? —repitió.

La voz de Ivonne cambió por completo cuando murmuró casi en un susurro:

—¿No me reconoces, Henry Ryan...? Juré vengarme.

—¿Qué...? —Henry quedó a la mitad de la escalera.

—Te lo dije en el hospital... Incluso te regalé un estupendo magnetofón para recordártelo a todas horas... ¿Creíste que me había olvidado de ti, Henry Ryan?

Henry bajó otro peldaño tanteando con su bastón, luego otro.

—Por fin ha llegado tu momento, Henry... Tengo una pistola en la mano. Puedo disparar en cualquier momento. Pero nunca sabrás cuándo...

Henry golpeó con el bastón en el suelo para bajar otro peldaño.

—Si haces ruido los agentes que están fuera vendrán, y no podrás escapar.

—No me importa ya lo que pueda sucederme luego. Quería vengarme y en cuanto lo haya hecho me entregaré...

—¿Quién eres? —inquirió el ciego, terminando de bajar lentamente los últimos escalones.

—Te lo diré cuando estés agonizando... ¡Cuidado! No te acerques más...

—No estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad? —comentó el invidente con otro paso hacia delante.

Ivonne retrocedió ligeramente.

—Mucho más que tú. ¡Farsante! —Y ya no fingió la voz. El invidente tampoco pareció muy sorprendido.

—¿Qué te pasa, Ivonne? ¿Por qué te ha costado tanto dar este paso? En el hospital te habría sido más fácil. Ahora lo dudo —y el ciego avanzó con más decisión.

—¡Quieto! ¡Quieto! Tú perdiste a mi hermano con tu falsa declaración... Charles no intervino para nada en lo de la joyería...

—Muy interesante. Eso ya quedó probado.

—¡Mentiste, farsante! Mentiste... Como mientes ahora... Porque sé que ves... No sé desde cuándo, pero sé que me estás viendo.

—No es cierto, Ivonne, yo no veo, y en algún lugar de esta casa

hay un magnetofón, yo también soy aficionado a ellos, ¿sabes?, y en la cinta quedará grabado todo lo que tú digas. Será una acusación contra ti... si llegas a disparar.

—Repito que no me importa, Henry Ryan...

—Pues debería importarte. Tú misma has declarado ser la hermana de ese indeseable.

—Mi hermano no era un indeseable, Ryan. Tú sí lo eres... Tú sabías lo del robo de la joyería. En realidad lo planeaste tú junto con alguien más. Charles no te conocía, pero Mercier se lo propuso. Tenían que ser tres... Mercier, el que mataron y el otro que estaba en el coche... Pero Charles sabía demasiado y podía ser un peligro, por eso le acusaste.

—Tienes mucha fantasía.

—No, Henry Ryan. Digo la verdad. La verdad tal como me la contó Mercier.

El rostro del invidente se contrajo.

—Te extraña, ¿verdad? Pues vas a saberlo todo. Cuando quedaste ciego había una plaza vacante en la clínica del profesor Salardu. Mercier era amigo mío y consiguió que me la dieran. Mi intención era hacerte confesar por miedo. Por eso te dije que me vengaría. Mercier no quería que lo hiciera, creía que era demasiado arriesgado, pero yo comencé sin esperar que él lo aprobara o no... ¿Me sigues, Henry Ryan? Tú sabías de sobra que Mercier era uno de los cómplices, ¿verdad?

—Continúa. Todo lo que dices es muy interesante.

—Está bien, Henry Ryan... Yo deseaba llegar hasta el final, hasta obtener tu confesión, pero Mercier quiso cortar por lo sano y aquella noche se deslizó por la cornisa hasta llegar a tu habitación. Al verse descubierto por el policía tuvo que matarle y entonces comprendí que las cosas habían ido demasiado lejos y pensé desistir. No hablar con la policía para no perjudicar a Mercier, pero mi conciencia no me dejaba en paz. Sin proponérmelo había sido indirectamente responsable de la muerte de un agente que protegía a quien no lo merecía.

Tras una pausa ella prosiguió:

—Luego pasó un tiempo... hasta la muerte de Mercier.

El invidente avanzó un poco más.

—Tú mataste a Mercier, Henry Ryan... Tú lo mataste.

—¿Estando ciego?

—No estabas ciego. Sé que veías. ¿No recuerdas, Henry Ryan? ¿No recuerdas lo que dijiste cuando te acompañé desde el gabinete del profesor hasta tu habitación en la clínica...? Haz memoria, Henry Ryan... Todo estaba oscuro. Para un ciego es lo mismo que las cortinas estén tiradas y los postigos cerrados a que entre el sol. Sin embargo, yo instintivamente iba a descorrer las cortinas y abrir para hacer tu equipaje y cuando «viste» mi intención dijiste: «Déjelo como está».

Ya sin fingimientos de ninguna clase, Henry sorprendió a la muchacha con un movimiento rápido y brusco, desarmándola hábilmente. Las cosas habían cambiado por completo. Ahora era la enfermera quien estaba bajo la amenaza de su propia pistola.

CAPÍTULO XX

—¿Qué más sabes? ¡Vamos! —instó Henry.

—Mercier te molestaba y le suprimiste haciendo creer a todos que el asesino se había confundido. Te libraste de él porque creías que era él el que te había amenazado, pero quedaba algo muy importante para ti. El botín. Las joyas.

—Las tienes tú. Lo sé.

—Te equivocas, Henry Ryan. Las tuve, cierto que sí. Mercier se las llevó y temeroso las entregó a mi hermano, que me las dejó en mi apartamento de París, porque allí nadie las buscaría, ya que nadie tampoco conocía mi parentesco con Charles Dubbonnet.

»Si las guardé durante algún tiempo fue con la idea de atraerte a ti y hacerte confesar que cometiste perjurio... Porque tú fuiste quien mataste a aquel policía que pasaba cerca de la joyería, con una pistola que robaste a mi hermano. Mercier no pudo verte porque sólo pensó en huir. No sabía qué era lo que había ocurrido realmente, pero sí sabía que tú mentías, porque Charles Dubbonnet no estaba allí... Había querido empezar una nueva vida y tú... Tú le perdiste para siempre —escupió Ivonne con odio.

—¿Y las joyas? —insistió de nuevo Henry.

—Iba a entregarlas a la policía y a contarles toda la verdad. Pero entonces había empezado a intervenir Marcel. Fue a visitarme a mi apartamento de París y encontró las joyas.

—¡Marcel Darc! Y yo que creía que...

Marcel apareció en aquel instante de la sala contigua.

—Te metiste en un callejón sin salida, Henry. Me pediste ayuda, pero en realidad lo que querías saber es dónde estaban las joyas... Inventaste la absurda historia de un supuesto atentado y el hallazgo del diamante con la pretensión de unir las amenazas de muerte con el botín. Yo me limité a seguirte la corriente porque tú mismo te ibas cavando el hoyo.

—Muy interesante... Pero puesto que el que tiene un arma en la mano soy yo, podéis seguir con vuestra historia. Si sigues con las joyas aún es posible llegar a un trato.

—¿Un trato con el hombre que mató a mi hermano? —inquirió ella.

—No conoces del todo a Ivonne, Henry. Yo la persuadí para que trabajara conmigo. Ya te dije que Dubbonnet tenía un hermanastro, Driscoll. Bien, también tiene una hermana, Ivonne. Ella es hermana del que vive en Nueva York, que fue quien me pagó para que descubriera al culpable... Son sólo hermanastros, pero se querían más que si fuesen hermanos de verdad... Por eso me decidí a utilizar a Ivonne después de que ella me confió sus sospechas. El resto ya lo sabes. Me la hiciste aparecer como sospechosa para ponerla en mi camino cuando en realidad ya lo estaba desde hacía algún tiempo.

Y tras una pausa, Marcel añadió:

—Mi especialidad no son los crímenes, pero no lo he hecho mal, ¿verdad? Sobre todo al descubrir esa entrada secreta y la forma de abrir la puerta y los diferentes medios por los que se puede llegar a tu casa sin ser visto... Así descubrí, por ejemplo, que sólo pudiste ser tú quien ayer por la tarde —estaba ya anocheciendo— intentaste estrangular a Ivonne.

Henry entornó los ojos.

—Sí, Henry. Te hiciste llamar por Doris, luego os metisteis los dos en el reservado interior. Cambiasteis de sitio, no lo niegues, me lo ha dicho el policía que aguardaba en la puerta. Luego sólo tuviste que salir por otra puerta y regresar a la casa, procurando que nadie te viese al entrar. El camino es corto. Sólo tres minutos y otros tantos para bajar, sobre todo para quien le gusta correr como tú... En total, lo calculé bien, estuviste ausente once minutos del bar, pero nadie notó tu ausencia.

Y tras una corta pausa, añadió:

—Hoy de madrugada has vuelto a hacer tu número en el hotel del pueblo. Calvet te había puesto una trampa, pero te salió bien y pudiste escapar. Fuiste bastante hábil. ¿Dónde te ocultaste para que no te descubrieran?

—En el hueco del ascensor. Al fondo hay una salida que comunica con el garaje que hay en la parte opuesta —explicó

tranquilamente.

—Magnífico. Lástima que no utilices tu talento para algo de mayor envergadura. Esto ha terminado.

—No saldréis con vida... Para todo el mundo soy un ciego, Marcel...

—Quizá el profesor Salardu opine lo contrario. Le hice venir. Está en el hotel, va a hacerte un nuevo reconocimiento...

—¡Quieto, Marcel!

Su hasta entonces amigo estaba cerca de los cristales. En el suelo había algo que le llamó la atención, una cabeza de cartón de tamaño regular. La tomó.

—Claro —sonrió amargamente—. La utilizaste para que a contraluz los agentes creyeran que seguías en casa. ¡Vayamos, Henry, es mejor que salgas! Fuera está lleno de policías.

—¡Quietos los dos! —rugió.

—Es inútil que intentes disparar. La pistola está descargada. Yo le aconsejé a Ivonne que lo hiciera así.

Henry quiso comprobarlo por sí mismo y supo que Marcel no había mentido. La pistola estaba realmente descargada.

—Ella no es una asesina. Sólo quería que el culpable de la muerte de su hermano pagase su culpa. Y lo conseguirá... Lamento que Doris sea tu cómplice...

—¿Cuándo lo descubriste?

—Cuando se encontró aquel pintalabios bajo tu cama. Lo perdió Mercier. Lo había comprado para regalárselo a Doris. Ivonne se asustó no por ella, sino porque temió que podían descubrirle a él... Las iniciales me dieron que pensar, luego un día les vi juntos y con lo que ya había averiguado, comprendí que ella no era trigo limpio.

—Sin embargo, ella se enamoró de ti, Marcel...

—Su amor sólo habría durado hasta que yo hubiese descubierto las joyas...

—Eso no lo sabrás nunca.

—Ni me importa, Henry... ¿Sabes? Estoy verdaderamente decepcionado —y abrió la puerta.

El invidente se precipitó hacia un mueble para jugar su última carta. Allí guardaba un revólver, pero antes de que pudiera tomarlo la voz de Calvet le conminó:

—¡No, Henry Ryan! ¡Está rodeado! —Y con Calvet surgieron

varios agentes.

Henry levantó las manos.

Marcel, en la puerta, se volvió hacia su examigo con un gesto amargo, luego dijo a Calvet:

—Tengo mi declaración en un sobre cerrado en el hotel. Dentro está la llave de la consigna donde está la maleta con las joyas.

—Le necesitaré a usted y a ella —repuso el policía.

—Déjeme descansar un poco, ¿eh? Ella también lo necesita. Se ha portado bien.

Dio unos pasos hacia la escalera y se volvió para añadir:

—¡Ah! Recuerde que Doris no ha intervenido directamente en todo esto. Es simplemente una mujer ambiciosa.

—Ya he dado orden de que la detengan si trata de huir —y señaló el transmisor de uno de sus hombres—. Después de oír todo lo que se ha hablado aquí, el asunto ya no puede estar más claro. Gracias por su colaboración.

—Todo el éxito es suyo, Calvet. Lo mío no es eso...

Y salió acompañado de Ivonne.

Se fueron caminando carretera abajo. El sol asomaba tímidamente. La brisa era fresca.

—Yo iré a tomar el tren. No quiero esperar a que reparen mi coche.

—Si no le importa iré con usted.

—No, no me importa, Ivonne —luego añadió—: Se portó usted bien...

—Era parte interesada.

—Tuve que hacer aquella comedia de acusarla, porque sabía que Henry tenía un magnetofón en marcha, y lo tenía para saber de qué hablábamos, no se fiaba de nadie...

Y ante el silencio de ella, añadió:

—Bueno. Mejor hablar de otra cosa. ¿Le gusta andar?

—En estos momentos estoy insensible.

—Bien, tres kilómetros no son nada. Va bien hacer ejercicio.

En aquellos momentos bajó el taxi que la noche anterior había utilizado Marcel. El chófer se detuvo.

—¿Eh? ¿Me necesitan?

—Sí, amigo. Llévenos a la estación.

—No hay ningún tren a esa hora.

—No importa. Esperaremos.

Después, cuando el taxi dobló la plaza donde estaba el hotel, Marcel e Ivonne pudieron ver cómo Doris salía escoltada por dos agentes.

El volvió el rostro e Ivonne, comprensiva, preguntó:

—¿Significaba mucho para usted?

—¿Doris?

—Sí, Doris.

—Pues... Hubiera llegado a significar... Ahora simplemente siento pena de ella, y asco de la gente ambiciosa... En mi profesión, ¿sabe?, uno se entera de muchos líos, de chanchullos... No hay nada limpio cuando está la ambición de por medio...

—Creo que en este caso todos hemos perdido un poco —murmuró ella. Y luego preguntó—: ¿Cree que me condenarán?

—¿A usted? ¿Por qué? No está prohibido asustar a tipos como Ryan... Y en lo del crimen, usted no tuvo parte.

—Pero guardé el dinero.

—Lo guardó para devolverlo, y ha colaborado en la captura de las dos personas que faltaban por apresar. No piense en eso... Yo me ocuparé, si llega el caso, de que tenga una buena defensa.

—Gracias, Marcel. Estoy cansada...

—Apóyese en mí.

Ivonne apoyó la cabeza en el hombro de Marcel mientras el taxi se aproximaba a la estación.

—¿Sabe? Me gustaría hacer un largo viaje. A Nueva York. A ver a mi hermano.

—Él también desea verla a usted.

—¿Le dio algún dinero a cuenta para ese trabajo?

—No. Ya le dije que no era lo mío.

—Pero ahora cobrará.

—No, no lo haré.

—Es usted extraño, Marcel.

Él la miró. La miró por primera vez como una mujer y pensó que era hermosa.

—Soy un hombre corriente... Si se decide a hacer este viaje, quizá la acompañe. Yo también quisiera tomarme unas vacaciones.

—Sería magnífico...

—Sí, Ivonne —admitió él—. Creo que sí —y la rodeó con el

brazo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

